

NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

Los escritores de izquierda



BOLÍVAR, El Libertador, cuyo centenario se celebra ahora.

El Congreso de escritores de izquierda que se ha celebrado en Alemania recientemente y del que damos información en NUEVA ESPAÑA, tiene un extraordinario interés desde varios puntos de vista. Politicamente es indudable que una agrupación internacional de escritores cuya obra esté deliberadamente al servicio de las ideas de reivindicación de las masas, constituye la fuerza más formidable que puede oponerse al otro grupo de escritores nacionalistas o pseudo-nacionalistas. Este movimiento neutro, que disfraza su intención reaccionaria en la literatura llamada pura, había logrado influenciar toda la literatura francesa de la post-guerra, arrogándose el apelativo de vanguardista. En realidad, tales escritores que coincidían en denostar embozadamente el régimen nacido en la Revolución francesa, no hacían otra labor que colocarse al servicio de la tradición con Maurras y Daudet a la cabeza. La supuesta aristocracia de arte iba a servir lacayunamente a los residuos del espíritu medieval. Afortunadamente tal literatura ha perdido toda influencia en la juventud, y la nefanda simulación del arte por el arte está descubierta e inservible para los fines de la cultura moderna. La literatura de avanzada que hoy cuenta con cultivadores de superior jerarquía ha logrado penetrar en la masa más voluminosa de lectores e influirla decisivamente haciéndose instrumento de una obra de renovación estética y política.

No es preciso insistir en las limitaciones que se impone a sí misma la creación artística al relacionarse con los movimientos políticos y sociológicos. Todo artista que tenga el control del pensamiento y la expresión sabe que la obra literaria que realice ha de servir el interés de su tiempo con los medios que por sí mismo le ofrezca el arte. De este modo el escritor posee toda la independencia necesaria para servir el ideal de justicia y de rectificación a que aspiran las nuevas generaciones. La humanidad de mañana ha de estar servida por los hombres de hoy con verdadera perseverancia, pero sin que cada cual invada zonas de actuación que quedan reservadas a otros. Lo que se le pide al escritor de izquierdas es que haga cristalizar en materia artística todos los conflictos que se originan en la intimidad del hombre moderno, enfocándolos hacia el objetivo de una nueva civilización.

Hacia un teatro de masas

por **Antonio de Obregón.**

Caduca en España la vida toda en el momento en que, por el contrario, el arte renace en una nueva aurora. El arte llega vestido de nuevo cuando la vida se va cubierta de andrajos. Para el desarrollo de ese nuestro arte en sazón es preciso que desaparezca el obstáculo de nuestro estado social; una vuelta a la campana de él y la vía estará libre a toda clase de veleidades y de excesos, porque el arte ha de cometer excesos.

De todas las artes la que más sufre las consecuencias de ese paro general del espíritu que padecemos, de esa cruzada contra todo lo que sea expresar libremente el pensamiento, que se ha hecho medida habitual, es el teatro. El teatro languidece como la vida toda de España en un crepúsculo irremediable; se muere. ¿De qué? De estupidez, porque la única afección que padece el teatro es la estupidez de todos.

Hay jóvenes novelistas y jóvenes poetas, pero no existen jóvenes dramaturgos. ¿Por qué? Entre otras muchas cosas, porque la novela y los versos se escriben para un público supuesto y el teatro hay que escribirle para un público evidente, con la consecuencia de que si bien la suposición del primero es consoladora—la gente lee cada día más y cada vez más se cultiva—, la evidencia del segundo es, en cambio, una desolación. Esto ha hecho que el joven novelista y el joven poeta hayan acertado, mientras que el joven dramaturgo naufraga. Aquellos están encarrilados, orientados; éste descarrila, desorientado, aparatosamente, en ese caos que es la escena cuando los actores se confabulan con el público para la tarea de perderse juntos en las latitudes del mal gusto donde, hace tanto tiempo, bucean.

Vamos a tratar del público, como responsable. ¿Quién es el público? Entre nosotros va a los teatros la gran burguesía y la pequeña burguesía o, lo que es lo mismo, los peores enemigos para toda revolución, tanto en el arte como en la vida. Las masas no van al teatro, entre otras cosas, porque no pueden. Ellas están exentas de culpa.

La justicia está sometida a disputas, la fuerza es reconocedora y sin disputas. Así no puede darse fuerza a la justicia, porque la fuerza contradice a la justicia y destruye a la justicia. Y no pudiendo lograrse que lo justo fuera fuerte, se ha hecho que lo fuerte sea justo.—PASCAL.

25 CENT

NUEVA ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA

JOAQUIN ARDERIUS

JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS 41

M A D R I D

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: **MORATEDI**

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas.

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

A cualquiera que bajase de otro planeta y que le enseñásemos esa nuestra pequeña y grande burguesía, se le ocurriría pensar: ¿Y es con eso con lo que quieren renovar el teatro? Y tendría razón, porque esa pequeña y grande burguesía con sus prejuicios, con sus fanatismos, con su gazmoñería y con su cerrazón, no es sino un lastre nocivo, una carga que el teatro ha de arrojar por su borda si quiere subir alto. (Esas madres y esas hijas que llenan los patios de butacas de los teatros madrileños elaboran el pesimismo para todo lo que se refiere a la creación de un futuro, próximo, teatro libre.) Es decir, que nuestra crisis teatral se soluciona variando de público...

Hay un argumento de gran interés contra el teatro de masas. Se trata del que afirma, con alguna razón, que las nuevas formas teatrales, sus conquistas en el mundo de la estética, sus audacias, no son aptas para ellas. Creo que es este el gran problema que toca resolver al artista. El teatro no puede seguir un derrotero opuesto a las masas porque es un arte para ellas, que para ellas nació y con ellas convivió siempre. Era, entonces, un teatro en un circo, un teatro en un teatro, servil... El, que estaba hecho para estrechar a la multitud con sus rugidos...

0301 de diciembre de 1930

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA ESPAÑA

No creo que exista disparidad entre el teatro y las masas, aunque sí creo que la hay entre el teatro y la burguesía grande y chica de las cien representaciones. Claro es que el artista no ha de pensar nunca en agradar, exclusivamente, pero su misión, lo sagrado de su misión, consiste precisamente en saber administrar el arte y darle envuelto en interés y amenidad, poniéndole al alcance de todos. Si lo logra, será buen dramaturgo. Porque todo Shakespeare puede ser comprendido por las masas y Bernard Shaw también.

Además, las masas tienen al arte un gran respeto, casi religioso. ¿Se concibe que las masas, en una revolución, asalten y destruyan el Museo del Prado? El arte será lo único que se libraría de ella de no estar cobijado en casa de los magnates... En cambio, los lectores de la Prensa de derechas—burguesía grande y pequeña—no tendrían inconveniente alguno, ni vacilarían, en quemar los desnudos de Rubéns o Ticiano.

Otra vez ha salido a flote de estas líneas la burguesía grande y chica. Esta y no las masas tiene la culpa de todo. ¿Quiénes, si no, van al Infanta Isabel? ¿Quiénes, si no, aplauden a la horda nauseabunda de Vargas, Fernández del Villar o Serrano Anguita? ¿Quiénes, si no, se deleitan con los Quintero?

El teatro actual se escribe para la clase media; he aquí el error. Escribiendo para las masas es cuando se podría hacer arte...

En cuanto a los actores y actrices, salvo los vendidos a la estupidez general como el matrimonio Artigas, les creo susceptibles de redención.

Hace días, Espina trataba en *El Sol* de la redención del teatro y señalaba la decadencia de los teatros de cámara. Decía: «Por evitar una especie de convencionalismos cayeron en otra especie de convencionalismos. Por odio al público grande practicaron el público chico, que es el semipúblico o el ni casi público—los intelectuales—, y así enrarecieron, pervirtiéndola, la naturaleza eterna y fresca del teatro, que tiene de auténtica lo que tiene de anticulto...» Ciertamente.

Cultivemos a las masas y que el teatro vuelva a ser para ellas. Como en Esquilo y Aristófanes.

La Libertad y la civilización dependen de la distribución de la propiedad inmueble. El hombre cuya subsistencia está ligada a cultivar tierra que no le pertenece, jamás amará las instituciones del país, jamás podrá ser rico, jamás tendrá medios de ilustrarse.—FLOREZ ES-

TRADA

UN REPORTAJE SOBRE LAS VIVIENDAS DE BERLIN

por BERNARD VON BRENTANO

R. Ofrecemos aquí una curiosa e interesantísima prueba de la nueva literatura alemana que trata, al propio tiempo, un problema hoy de profundo rango social. Decir al propio tiempo en este caso es una redundancia, porque la literatura nueva de Alemania es, precisa y esencialmente, problema social. El autor del presente reportaje sobre la vivienda en Berlín es Bernard von Brentano, de quien no hay en estas líneas lugar a decir sino que se trata de uno de los jóvenes escritores alemanes, afectos a la literatura proletaria, de más profundo temperamento. En próxima ocasión podré hablar ampliamente de Brentano y de sus compañeros de generación, casi todos desconocidos en España, Kisch, Becher, Wittvogel, Reun, Toller, Shegers, Weiskopf, Glaeser, etc., que suponen la eclosión de una literatura alemana trascendental para el mundo.

En la primera parte de este reportaje delicioso y sangrante al mismo tiempo, Brentano se ocupa de las viviendas burguesas; en la segunda, que publicará NUEVA ESPAÑA en el próximo número, y que está escrita con un ritmo todavía más intenso que ésta, se acerca a las viviendas obreras. Brentano dice las cosas más horripilantes y trágicas sin que desaparezca un instante su mirada alegre y optimista sobre la vida. Lo que aquí decimos hoy: un verdadero reformador social.—F. A.

Berlín, diciembre.

I

Se mete la llave en el ojo de la cerradura, se le dan dos vueltas, se abre la puerta, ya estamos en el pasillo. Se cuelgan sombrero y abrigo en el perchero, se abre la puerta de la habitación, se vuelve a cerrar y ¡ya estamos en casa! ¿Qué es esto: «estar en casa»? En la habitación de al lado—entra luz por la vidriera de la puerta—charlotean tres individuos, lo que no es precisamente el murmurio de una fuente. En el mejor de los casos, estar en casa quiere decir tener dos habitaciones amuebladas; por lo

general, una, porque un pequeño piso no lo tiene todo el mundo, así sea un matrimonio o un soltero. Un pisito, dos habitaciones con cocina y baño, en Berlín, son piedras preciosas, siempre en poder de otras gentes. Pero ya desde hace algún tiempo en cada tres casas de la Wilmerdorfs, donde yo vivo, hay un letrero:

Se alquila una habitación. Me pongo otra vez a buscar habitación.

Otras habitaciones no han de ser más caras que las dos que tengo.

Todo lo más, más baratas. ¿Por qué, pues, no me pongo a la busca? Todavía hay un motivo. Me pregunto, si acaso existe en esta gran ciudad el honorable oficio de alquiladora de habitaciones. Tras el título «alquiladora de habitaciones» yo me represento mujeres cuyo oficio es alquilar habitaciones. Poseen los correspondientes espacios amueblados, saben las pretensiones sobre el particular y todo lo que, además del alquiler, hay que ofrecer al inquilino. Se ocupan en un negocio respetable, apoyado en la experiencia, con este fin: cambio agradable y agradable provecho. Mientras que nosotros vivimos en las preciosas guaridas de los convecinos, empobrecidos por la inflación, y más soportados que deseados, gente que gracias al enorme alquiler que se les pide, mantienen todavía el «statu quo», como si fueran el mismo ricachón que se puede permitir el lujo de un piso con seis o siete habitaciones.

Tiro por la calle D abajo. Ya en la tercera casa hay un anuncio: se alquila una habitación. Me informa el portero. Tercer piso a la izquierda. El ascensor es diminuto. Abre una señora gruesa, rubia: me es muy agradable, dice. Todavía no lo puedo asegurar. Mi antiguo huésped, que se marcha ahora, está en casa. Pero esto no importa, dice, y abre del todo la puerta. El antiguo huésped es una señora delgada, que se pinta, sentada delante del espejo. Se percibe un fuerte olor a perfume. Las habitaciones, un gabinete y una alcoba, son pequeñas y, como suele decirse, pródigamente amuebladas. Todo está lleno. Una mesa, dos sofás, lámparas, sillas, alfombras. Precio: 250 marcos al mes. Ni hablar. En mi casa vive gente rica, dice la señora. Me examina como al acecho. Se puede utilizar la criada. El teléfono está en mi cuarto. Ella no lo necesita más que cuando yo no esté en casa. Creo que nos arreglaremos bien, dice todavía. Cada cual hace lo que quiere. Antes estuve en buena situación (puede ser) pero ahora... y 250 es casi regalado, si se tiene en

cuenta la habitación que es. ¿No es verdad? ¡Psch! Tanto como regalado no lo encuentro.

Al lado: dos pisos arriba. El que alquila es un consejero de estudios. Su señora abre la puerta. Ha debido llorar ahora mismo. Ahora sonríe, lo mejor que puede. La habitación es pequeñísima. Huele a pañales. En el sofá está echado un señor anciano—el dueño—y duerme. El teléfono está en la habitación de su marido, pero se puede utilizar en todo momento. Precio: 75.

Al lado. Abre una muchacha. Tiene una cinta alrededor de la frente y una escoba en la mano. Dos habitaciones. Los muebles son góticos, tapizados de rojo, con altos, duros y nuntiagudos respaldos. Con un d de polvo. ¿Que cuánto cuesta? Tiene que hablar primero con su madre. ¿Que si pudiera yo mismo hablar con ella? No. Perdieron su fortuna con la inflación. Su madre no se puede acostumbrar al alquiler. Todo tiene que quedar como antes. Tampoco tengo que hacer ruido. Huyo sobre la punta de los pies.

Al lado: un piso de diez habitaciones. Las dos primeras, como salones de grandes, están para alquilar, 180. Fíjese en el lujo, dice el anciano señor M. Sí, yo era antes un hombre muy rico. La inflación se lo ha llevado todo. Debía cobrar 200 marcos de alquiler. Mi mujer cree que, efectivamente, los cobro. A usted se la doy por 180. En el gabinete está sentado un hombre con bata de dormir, leyendo un periódico. En la alcoba está sentada su mujer, junto a la ventana. Los subarrendatarios.

El alquiler me parece demasiado alto. Sí, señor; pero no es nada comparado con este lujo. No sabe usted lo que yo pago todos los meses. Sólo los muebles valen oro.

En el periódico se anunciaba también un piso: dos habitaciones, baño, cocina, incomunicada, vacía. Esto me gustaría. Llamo por teléfono. Venga usted, apreciable señor; usted lo tendrá todo. Llego. Una calle de comercios, en el centro. En el portal, seis anuncios. En una habitación pequeña, sentado sobre un taburete y la lista de teléfonos, un hombre: «Firme usted el contrato, pague usted 20 marcos, el resto al ultimar, y entonces puede usted tenerlo todo.» ¿Es usted una agencia de intermediar? La pregunta es demasiado directa; el hombre mira hacia la cortina que cubre la ventana. Pero alquilar un piso es un negocio parecido a si se espera recibir regalado de un joyero su más

Capitanía General de la Primera Región

ESTADO MAYOR

Oficina de Censura de Prensa

INSTRUCCIONES que deberán observar los Directores de los Periódicos para la práctica de la Censura.

1.^a De todos los artículos, sueltos, informaciones y noticias, escritas y gráficas que pretendan publicar remitirán cuatro pruebas impresas con perfecta claridad a la Oficina de Censura; si éstas no fuesen fácilmente legibles serán devueltas al periódico sin autorizar.

2.^a Enviarán igualmente antes de ser puestos en circulación un ejemplar de cada una de las ediciones que se publiquen.

3.^a Las horas de recepción de galleradas serán de dos a siete de la tarde y de once de la noche a cuatro de la madrugada.

4.^a No se censurará ninguna noticia por teléfono, y por tanto no eximirá de la correspondiente responsabilidad la circunstancia de haber sido empleado este medio para la aprobación de alguna información.

5.^a Quedan terminantemente prohibidos los blancos y machacados, y tampoco podrán ser sustituidas las tachas por entrefiletos intercalados en su lugar.

6.^a Se admitirá una sola vez la indicación de que el número ha sido visado por la Censura, lo cual no se imprimirá en tamaño superior a dos columnas.

7.^a Las informaciones censuradas que aparezcan sin haberse eliminado lo tachado de ellas, serán objeto de inmediata sanción.

8.^a Asimismo serán motivo de ella las noticias inexactas atribuidas al Gobierno o autoridades y las que tengan carácter tendencioso, aunque hubiesen sido aprobadas por la Censura, que por su condición exclusivamente militar no ha de apreciar los matices de índole política.

Madrid, 16 de diciembre de 1930.—
De O. de S. E., el teniente coronel
de E. M., José Ortega.

preciado collar de perlas. Alquilar un piso exige humildad y modestia. Pago. Por ello recibo la dirección del piso. Está en la calle W, en el viejo Oeste. La casa es medio-proletaria; el piso está en la casa trasera, en el entresuelo. Abre un anciano. Lleva un gorro de piel y un abrigo sobre su camisa de noche. La habitación cuesta 48 marcos de alquiler y 900 marcos de garantía. ¡Caracoles! Pero me gusta la casa; no es lucida, sino gris. La escalera no está alfombrada por ninguna parte, lo cual es decididamente un inconveniente; pero los niños juegan en los descansillos, lo que tampoco tiene que ser una ventaja. Pero la casa vive. Tiene interminable número de ventanas, y cuando el sol se asoma un poco a ella, tiene dos grandes ojos tristes. Se perciben en la escalera las preocupaciones de los hombres que la habitan. Debe de ser difícil vivir aquí; habrá que tratar con el administrador y los vecinos se mostrarán recelosos y curiosos. Pero se conseguirá. Habrá que ser uno más entre ellos y marchar al mismo paso con ellos. Tendrá uno sus tristezas y sus alegrías, como ellos; sus preocupaciones y alguna vez, inesperadamente, un poco de dinero. Se encontrará uno mujeres y muchachas en la escalera, y los hombres tendrán siempre algo que contar. Esto es Berlín. Aquí está la ciudad. Cerca hay un cine, una taberna, tiendas baratas y un taller, con cuyo dueño se puede hablar. Fuera, en la calle, los chicos de la casa han sacado una bandera. Una vieja, un guardia y yo los miramos. Luego me marchó; 900 marcos es demasiado.

Me vuelve a abrir la puerta el viejo, antes riquísimo señor M. ¿Lo ha pensado usted mejor?

En el gabinete está sentado el hombre con la bata de dormir y lee el periódico; en la alcoba, la mujer sentada junto a la ventana.

Esto no lo he inventado, esto lo he visto yo. Yo no puedo alquilar esta habitación. Adiós.

II

La gente rica vive en Berlín en grandes habitaciones, la gente pobre en pequeñas, si es que tienen alguna. Esta es la doble diferencia. Todavía hay «villas» para la gente rica en el barrio de las villas, bodegas-habitaciones en el Norte y en el Este de la ciudad y las fantásticas situaciones creadas por la escasez de viviendas. Estas situaciones, miradas de cerca, presentan el aspecto de asombrosas pululaciones, extrañas ampollas y úlceras en el cuerpo sano de la ciudad. Desde fuera, todas las casas de Berlín se parecen, que estén situadas en el Oeste o en el Norte; por dentro, cambia la cosa.

Las viviendas de los ricos son conocidas, porque todos somos ricos. No importa que usted tenga siete u once habitaciones, uno o dos salones. Todas tienen los ineludibles muebles, que todos sabemos: piano, estantería, cuarto de baño, cuarto de niños. Están habitadas por gentes que tienen muchas preocupaciones y muchas alegrías; por gentes que tienen una propia y privada vida espiritual y que son ya en sí mismos una pequeña vivienda dentro de su limpia vivienda. Si se han recorrido una vez los cuartos de una tal habitación, ya está suficientemente conocida; no hay nada oculto en los cuartos; sólo en sus poseedores. Estas viviendas son grandes y abiertas.

Las viviendas de los proletarios son pequeñas e insondables, como una zorrera. Si tienen sólo un cuarto, es imposible el acabar de verlas; si tienen dos, todavía son misteriosas y difíciles de comprender.

Rara vez hay una vivienda con más de tres habitaciones en el barrio obrero, la mayoría tienen dos espacios: un cuarto y la cocina; frecuentemente sólo un espacio. Todas están habitadas, sin tener en cuenta ni su tamaño ni el número de habitaciones, por mucha gente. Esto es efecto de la escasez de viviendas y de la pobreza.

Ya antes me había sorprendido de que para uno de nosotros es relativamente fácil el ser recibido entre gente completamente extraña, pero pobre. Y otra vez he pensado que hay dos motivos para ello. En primer lugar el hombre sencillo es mucho menos desconfiado que el rico, porque es más perspicaz y se da cuenta rápida y seguramente de quién le visita y de por qué lo hace. Pero sobre todo, él es pobre; tiene infinidad de cuidados; no se pueden aumentar, únicamente disminuir. El que llega, pudiera ser acaso un hombre de ayuda, y no ayudará, porque hasta ahora nadie ha ayudado, o quizá ayude. La necesidad es hermana de la fantasía. Son las habitaciones en el Oeste abiertas y claras (y aburridas) y sus habitantes heréticos, pues en el Norte las gentes son abiertas y claras y las habitaciones misteriosas e insondables.

(Continuará.)

Asociación de periodistas de Izquierdas

La Comisión organizadora de la Asociación de periodistas de izquierda prosigue activamente sus trabajos para constituirse.

Redactado ya el proyecto de Estatutos, en breve será presentado a registro en la Dirección general de Seguridad y se convocará a Asamblea para la aprobación definitiva.

Ayuntamiento de Madrid

MI VIDA DE OBRERO EN LOS ESTADOS UNIDOS

por HENRI DUBREUIL

La cadena sinfín subsistirá

Como en todas las cosas, precisa no olvidar ningún elemento de apreciación si se examina el maquinismo. La aparición de la cadena sinfín ha provocado incontables artículos contra las máquinas, y, sin embargo, hay que reconocer que es un sistema muy útil, que no será abandonado, como tampoco lo fué la locomotora, no obstante los sarcasmos con que fué acogida. No hay motivo para destruirlo, como tampoco se destruyó el primer telar mecánico; es simplemente por causa de una extendida minoría por lo que algunas gentes creen ver en él infinidad de peligros, que sólo existen en su imaginación, y es curioso que muchos, al tiempo que combaten el maquinismo, se dicen admiradores de algunas cosas del sistema Taylor, como, por ejemplo, en aquello que el célebre ingeniero preconizaba de que debe facilitarse al obrero su labor, poniendo a su alcance todo cuanto necesite, con el fin de eliminar los gestos inútiles, misión que cumple maravillosamente la cadena sinfín. El trabajo de transportar cargas no es precisamente muy cerebral, y justamente es el que suprime este sistema.

Para el progreso no puede haber ningún interés en que los hombres sigan transportando a costas bucos pesados. Se puede repetir a propósito de esto el famoso apólogo de las lenguas, de Esopo. Puede causar daño o hacer bien, según la manera de utilizarle. ¿Se ha renunciado al martillo porque los aprendices inexpertos se den algunos golpes en los dedos? La cadena sinfín, como el martillo, puede regularse a deseo del que la ha de usar. En esto se hallan expresadas todas sus características, y si avanza poco o mucho, o si el ritmo de las operaciones es o no el más adecuado, ello es problema independiente y fácil de resolver. Pero generalmente, en vez de buscar soluciones, se confía todo a lo expuesto por personas incompetentes y de imaginación extraviada; es así como se pueden lanzar sugerencias según las cuales «el trabajo industrial debe estar vigilado por médicos provistos de aparatos especiales para determinar la fatiga y hacer las operaciones de rigor en los trabajos sometidos a su estudio».

Aun guardando el debido respeto a los hombres de ciencia, queremos hacer constar que, en materia de trabajo, los mejores jueces serán, con seguridad, los mismos trabajadores. Puede haber casos, muy raros de to-

dos modos, de que un obrero se agote sin advertirlo él mismo; pero, sin ánimo de discutir problemas ajenos a mi competencia, cabe objetar que los obreros tienen la suficiente inteligencia y buen sentido para que se tenga confianza en ellos.

He aquí, por ejemplo, un caso. Cuando trabajé en la fábrica Dennison, donde el sistema Taylor se aplica según las formas más modernas, leí un día al pie de un diafragma empleado para el estudio de los tiempos: «He observado en qué condiciones se ha hecho este estudio, y creo que lo ha sido de una manera normal. Firmado: el delegado de taller.»

Es éste un procedimiento que no exige ni médicos ni pulsómetros, y para prever la fatiga me parece mucho más eficaz que lo propuesto por hombres ajenos a la vida del trabajo. ¿Por qué no se empieza científicamente consultando a los mismos interesados? El mismo remedio puede aplicarse a la cadena sinfín. Al término del montaje de los coches en la fábrica Ford, el *chassis* avanza sobre el convoyante a razón de un metro por minuto, y sería conveniente que una representación obrera interviniese para reglamentar esta marcha, del mismo modo que en otros establecimientos deberían intervenir los mismos obreros en la fijación de los destajos. En cuanto al procedimiento de trabajo en sí, no permite ninguna objeción razonable, y lo más definitivo que se puede decir es que en Norteamérica no suscita ninguna discusión, ni aun siquiera en la Prensa obrera. Como constituye una de las principales curiosidades de la fábrica enorme de Ford, me interesé por examinar la cadena sinfín, y saqué la conclusión de que, como sistema de trabajo, no ofrece para el obrero más dificultad que cualquier otro. Ocurre que, como las diversas operaciones no pueden estar divididas de una manera exactamente igual, algunos de los obreros ocupados en el montaje tienen que acelerar más su trabajo que otros. Cuando el tiempo concedido resulta insuficiente, este trabajo produce la misma nerviosidad del que trabaja a destajo y ve que no puede llegar a producir lo que desea; esta experiencia la he hecho yo mismo.

Pero estos inconvenientes existen en cualquier otro trabajo de taller, y existían antes de ser inventado el sistema Taylor. Por lo demás, son muy significativas las expresiones de los obreros al calificar de «bueno» o «malo» un trabajo, según la rapidez con que se pueda realizar.

La monotonía del trabajo.

Según los trabajos de un fisiólogo, «el desarrollo unilateral de algunos músculos en los obreros afectados durante un largo período de tiempo en la ejecución de un mismo trabajo puede tener consecuencias graves para su salud».

Si esto fuera verdad, estas consecuencias graves las hubiera sufrido la Humanidad hace ya mucho tiempo, pues los trabajos que pueden desarrollar algunos músculos de una manera «unilateral» son tan viejos como el hombre. Véanse, si no, los innumerables trabajos cantados por los poetas y los artistas—sin que ellos los hayan ejecutado nunca—. La ruela de hilar no era menos monótona que el telar mecánico; el «gesto augusto del sembrador», tal y como lo ven los poetas en el esplendor matinal de los campos, es uno de los trabajos más primitivos, y abunda en él el gesto monótono que de pronto se ha querido descubrir en el trabajo industrial moderno (1).

El sembrador puede decir al poeta cuán monótono es su gesto, estando obligado a repetirlo de un extremo a otro del surco durante varios días. Pero el poeta sólo repara en la forma decorativa y simbólica de su gesto. Es preciso no conocer nada de la historia del trabajo para creer que la fabricación en serie se ha inventado en Norteamérica; quienes han descrito los tiempos prehistóricos podrían hablarnos de la repetición de los gestos necesarios para pulir el hacha y las flechas de piedra, lo mismo que el tejedor en su viejo telar de madera.

Ya en 1798, cuando Eli Whitney aceptó con audacia el encargo de fabricar diez mil fusiles para el Gobierno de los Estados Unidos, tuvo que recurrir a los procedimientos más modernos del trabajo en serie, produciendo las piezas en forma intercambiable; y cuando, en 1890, se adoptó este sistema de trabajo para la fabricación de bicicletas y automóviles,

(1) Sin hablar de la deformación profesional, que reprochan algunos intelectuales, y tampoco de las enfermedades profesionales, para las cuales no se ha conseguido todavía establecer una legislación apropiada, se podrían multiplicar hasta el infinito los casos de deformación muscular en profesiones que no tienen nada que ver con el trabajo de repetición. Por ejemplo, la joroba de los forjadores y el hecho de que tengan un hombro más alto que otro al cabo de algunos años de trabajo.

todo el mundo parecía maravillado, como si se tratase de un invento reciente.

Según refiere Woodworth, el mecánico Eli Whitney «empezó por establecer una fuerza motriz hidráulica, construyendo un edificio apropiado, y con objeto de producir en gran escala, atendiendo tanto a la cantidad como a la calidad, estudió cuáles podrían ser las máquinas más convenientes y los obreros más hábiles para realizar el nuevo trabajo». Formación profesional sistematizada más tarde por Taylor.

Cuanto se han interesado por los estudios de economía social no ignoran el nombre del gran economista inglés Adam Smith, quien en su libro *La riqueza de las naciones*, publicado en 1776, describía la importancia de la división del trabajo, basando su teoría en estudios hechos por el ingeniero francés Perronet y publicados en 1760; este ingeniero fue el primero que tuvo la idea de medir con un reloj el tiempo necesario para la fabricación de alfileres en cada una de las operaciones: enderezar y cortar el alambre, hacer las puntas, la cabeza, etc. Este lejano precursor de Taylor no llegó al estudio de los factores elementales, limitándose a recopilar los tiempos globales, para establecer el precio de coste.

En 1832, un ingeniero inglés, Babbage, valiéndose de las demostracio-

nes anteriormente citadas, publicó un libro titulado *La economía en materia de maquinaria y manufactura*, apuntando algunas ideas que anuncian desde lejos el camino seguido por Taylor cincuenta años más tarde, al preconizar «que se debía extender la división del trabajo no solamente a las operaciones manuales, sino también a la dirección»; y añadía que «para obtener buenos resultados en el trabajo de una manufactura, no basta con poseer buena maquinaria, sino que precisa reglamentar debidamente la economía doméstica de la fábrica». Es decir, que previó lo que ahora se llama organización científica del trabajo.

La fabricación de alfileres puede ser también examinada desde el punto de vista de la monotonía. Las operaciones «cronometradas» por Perronet en 1760, ¿no serían también horriblemente monótonas? Conviene tener en cuenta que en 1854 todavía se trabajaba en esta misma forma, de suerte que varias generaciones han estado sometidas a la misma rutina hasta que las máquinas aportaron no sólo una revolución, sino un régimen de revolución permanente.

Existe una razón poderosa que demostrará la debilidad del argumento esgrimido contra la monotonía: es la frecuencia de las revoluciones internas que sin cesar transforman la fabricación moderna.

En efecto, no hay que olvidar el trabajo constante de análisis experimentales que alteran los procedimientos empleados y, por consiguiente, modifican el trabajo de repetición, hecho que escapa generalmente al visitante ocasional, quien de buena fe puede creer que el operador de una máquina realizará eternamente los mismos movimientos. En realidad, el trabajo en serie destruye toda monotonía, en virtud de la evolución que lo rige y lo modifica, de suerte que el operador cambia necesariamente de trabajo; él sabe muy bien lo que esto implica, y nadie que conozca un poco la vida de la fábrica ignora que estas modificaciones, que para el visitante aparecen como un hecho venturoso, resultan enojosas y molestas para el obrero interesado. Todo obrero que ha adquirido sus costumbres y se ha adaptado a un trabajo, procurando obtener el mayor rendimiento con la mayor tranquilidad posible, ve con disgusto las molestias que le supondrá adquirir nuevas costumbres. He recibido yo mismo esta impresión, que muchos obreros podrían confirmar.

No será por medio de la literatura como se transformará el hombre en autómatas, del mismo modo que es imposible suprimir el hombre que alienta en todo obrero. Se le puede hacer sufrir; pero no transformarle en máquina. Esta no sufre, y aquél, sí. Pero esto es otro problema.



Tres distinguidos «turistas».

Ocho días en Leningrado

por LUIS AMADO BLANCO

V

Ballet.

Por entre las falsas perlas del alumbrado, una brisa de media luna va cortando las gargantas ya degolladas de los transeúntes. Arriba, el tiempo ha hecho su cama, que cubrió con la colcha cursilísima de la noche estrellada. Y yo voy, previo estudio del plano de la ciudad, camino del Teatro-Academia de Opera y Ballet. Son las siete y media de la tarde.

Hay muchas calles con el pavimento levantado, en esa nueva reorganización de la ciudad que crece rápidamente. En las esquinas, luces rojas indican a los vehículos la correcta marcha, y junto a las obras reposan, dormidas en su mole gris, modernas máquinas de perforación y cementación. El pensamiento es libre. Me da por recordar todas las viejas lecturas del coco bolchevique en periódicos reaccionarios, y tengo algo así como miedo. En realidad, voy solo por vías estrechas de mediano alumbrado. No conozco el idioma. No llevo armas... Dos borrachos se cruzan en mi camino: viejos de lengua barba, heredada de Tolstoi. He visto bastantes borrachos, aunque no muchos, y todos viejos, de edad madura por lo menos; jóvenes, ni uno solo. Y la guía me ha explicado:

—Es natural; los ancianos pertenecen a los Zares, que dominaban con la consabida fórmula: «Pa'lo-Vodka-Ignorancia». Ahora, ya, todo lo contrario. Fracasada la intentona de la ley seca, por las fabricaciones clandestinas y pésimas, sobre todo en el campo, la enseñanza cumple su fin educativo apartando los nuevos hombres de este vicio, trágico para la raza. Se rebajan las bebidas y se hace propaganda una y otra vez: artículos, conferencias, carteles. El deporte ayuda también, y la juventud ha obedecido de tal modo, que el camarada de pocos años que peca, se ve repudiado por sus amigos, por su Club. Aislado en sí mismo y en la isla de su debilidad. No se puede, no se debe beber... Y ya ve usted que no se bebe. La ebrez, ebria, es la mejor propaganda en contra de su desmoralización.

Sigo teniendo miedo bajo las garras de las vacilantes sombras. Parece como si lanzarán, atrás, su lazo de emoción alcohólica. ¿Me habré extraviado? De una bocacalle sale un grupo de hombres que caminan hacia mí. Quiénes serán? No llevan sombrero; amisas del país... Vienen silencio-

sos, perdidos en el claro oscuro de la rúa, como fantasmas en acecho. Al llegar a mí, se paran; me envuelven, como en asalto, y me dicen algo que, naturalmente, no llego a entender. Un rayo plata cruza mi tejido medular. Tiemblo. Carraspeo. Contesto en francés; la voz, agarrada al último salvavidas de la serenidad:

—No comprendo. Soy forastero: español.

Uno del grupo se adelanta y me saluda afablemente en la misma lengua. Son miembros de un Club de maestros. Al verme fumar, uno de ellos me pedía lumbré. ¿Pueden serme útiles? Les digo dónde voy, cumpla el deseo del fumador y nos despedimos con toda cordialidad. Siguen calle adelante. Bajo el cono imperfecto de una farola, enrolló mi risa: risa de mí mismo. Leningrado es una ciudad tan bien vigilada como otra cualquiera, donde existe la misma o mayor seguridad que en parte alguna. ¿Por qué temer? Está visto que no se puede leer cuentos de periódicos partidistas, mentirosos, con tal de servir a su causa: como si las causas pudieran sostenerse a fuerza de mentiras.

La Plaza del Teatro está a continuación del canal Krioukov. Pequeña, empapada del ruido sordo del agua que moja un trozo de la noche. Cruza un tranvía ceniciento y unos autobuses llegados de improviso. Delante del teatro, de fachada en círculo, pintada de color marrón, muy fines del XIX, con marquesinas en forma de abanico, mucha gente. Pero sin «autos» ni atavíos elegantes. Humilde el traje, pero quizá rico el espíritu, ansioso de ver y de captar; ellos, bajo la americana, camiseta. Ellas, mujeres al fin, con trajes que quieren ser más que sencillos vestidos.

Encuentro a la guía, que me espera con las entradas, leyendo afanosamente el programa de la sesión. Fuma un finísimo pitillo de larga boquilla, y viste como todos los días. Siempre su risa, su movilidad y su rostro pálido. Termina el cigarrillo, que le sirve para encender otro:

—Creo que lo pasará usted bien. Hay un bonísimo reparto. El ballet: «El lago de los cisnes». Primera bailarina, la Ulanova; dieciocho años; só'o dos, desde su debut. Pero ya verá usted algo admirable.

Pesada, en su levedad un poco asiática, vuelve a extender en mi horizonte el arco iris de su sonrisa.

—¿Entramos?

Un gran vestíbulo, de entrada libre; luego, tras los porteros sin uniforme, escaleras y pasillos alfombrados de azul. Los guardarropas obligatorios y, por fin, la sala inmensa del Teatro María, plena de romanticismo para afrancesados rusos de largo chaquet, barbita judaica y ademanes trémulos, sobre los grandes escotes de pomposos senos apuntalados, mientras en el aire se filaba la última nota de la romanza, cantada por un tenor de labios rojos y encendidas mejillas. Tiene cuatro pisos, a los que llega la desmesurada boca de escena, coronada por un reloj. En el techo, pintada al fresco, una exuberante escena mitológica, de la que pende, como engendro monstruoso, una desconocida araña luminosa, con una pataluz para cada espectador. Y sobre la entrada central, el palco de los Zares, regio en suntuosidad de rico que no sabe catalogar sus riquezas; lleno, ahora, de pacíficos proletarios, que, por el lugar que ocupan, semejan a mi burguesía, acaban de realizar un asalto sangriento.

No hay acomodadores, ni permiten la entrada una vez comenzado cada acto. Van a dar las ocho y media y no hay una sola localidad vacía. Ojos de mirada callosa y manos vencedoras en la diaria lucha por el vivir. No hay colorines: arena de las camisas, azul de los monos y chaquetas y, en las mujeres, blanco sobre todo. Algo de la nieve en el corto estío. Todas sin medias: diminutos calcetines sobre las piernas tostadas y curtidas por el aire de todas las estaciones. Y la mayoría, de zapatos bajos, como niñas escapadas de un colegio de vivarachas monjitas.

Comienza la escena. De siempre no me gusta el Ballet; el Ballet clásico; porque los que teníamos doce años, poseemos, también, nuestro Ballet, enredado en los desacordes uniformes de un «fox», tocado y cantado por negros norteamericanos. No sé comprender sus bellezas; me parecen de una cursi infantilidad, pero... La decoración, las luces, los trajes, son algo maravilloso, de un supra-modernismo de tonos templados, como para verlos eternamente. Fundidos en su gama, pero con personalidad, como los colores en los atardeceres asturianos, frente al campo.

Un alma que baila entra en la escena. Tostada de pan de trigo; sirena de las dos orillas en lago de cien kilómetros. He contemplado las más fa-

mosas bailarinas del mundo y no he visto, jamás, bailar de esta manera. No es, únicamente, clasicidad romántica la de su arte. Quizá sea esto sumado a algo más: casas cubistas de las nuevas barriadas; óleo del último cuadro; dibujos del postrer instante; «raid» del más moderno avión; gesto de Charlot bajo el blanco cielo de los paracaídas... Ulanova; no se me olvidará tu nombre: cisne de piscina, para deportes sin grasa y con agilidad.

Llega el primer descanso y salimos a fumar y cambiar impresiones. Un tramo ancho de escalera y arribamos al hall. Amplio y, como todo, bajo el gesto tribunicio de Lenin, en una bronceína estatua. Al lado de su mano diestra, dos buzones, donde veo depositar como cartas que la gente escribe allí, o relee antes. Pregunto. Me contestan:

—Son dos buzones donde la dirección artística recibe impresiones u orientaciones del público. En uno se pregunta qué ha parecido la obra en sí, interpretación y puesta en escena: defectos, alabanzas, consecuencias proletarias. En el otro: qué obras desea ver en el cartel, y la causa. El público acude a estas encuestas porque se le atiende en sus más leves indicaciones, cuando van apoyadas en un lógico razonamiento, cuando el que indica lleva una nueva perfección al ojo del «regisseur».

Al otro lado, un puesto de periódicos, con obras de repertorio y partituras completas. No hay asientos, y la multitud pasea en corro, como dominguera diversión en capital de provincia española. Es curioso el aspecto: en la escena, el más extraordinario espectáculo, y en la sala, desbordada ahora aquí, esta visión de barriada de gran ciudad, con sus sencillos y humildes habitantes.

Suena el timbre, y volvemos a la sala, donde la Ulanova echa por tierra toda la práctica igualitaria del espectáculo. A gozar de ese novísimo romanticismo de la hora presente. En el nuevo descanso, madame Didrichs me presenta a una prima suya, bella y espigada, discípula de la Escuela de Baile y próxima comparsa en el Ballet.

—Ya gana para vivir independiente. Hay puestas en ella grandes esperanzas.

Los ojos acerados de la bailarina lanzan su brillo de bala, en desconocimiento de nuestra conversación. Camina suave, con mística ondulación; forma de gacela intocada que se adivina bajo el simple trajecito ceñido a la cintura por fino cordón. Destaca su línea de la fealdad ambiente. La miran. Madame parece comprender:

—La raza rusa estaba muy degenerada. El triángulo: «Palo-Vodka-Ignorancia», otra vez. Luego, la Gue-

rra, la Revolución, el Hambre—regalo de la caritativa y temerosa Europa—y, como consecuencia, esto que usted ahora contempla. Pero retoña una roja flor de sport en el desolado jardín actual. Usted podrá verla cuando visitemos los estadios y las piscinas. Es algo sobrenatural, lo que hace el diario y metódico ejercicio al aire libre.

ARTISTAS MODERNOS

ELI NADELMAN por ANDRÉ SALMÓN

I

En su estrecho taller, rico hasta el amontonamiento, Nadelman no se detiene jamás en una demostración oral sin sus ejemplos tangibles: este estatuario, constreñido por nosotros a hacerse orador, está pronto a tomar el útil de la profesión. Entonces se sirve de él para acentuar su frase de actos rápidos, de gestos breves, mordiendo la piedra, modelando en el barro...

Eli Nadelman no es de esos artistas que se sienten en amable complicidad con un público, ya que no el público. Precisa usar de largas demostraciones, siempre vueltas a tomar, y que le impiden gozar tan plenamente como otros de las grandes emociones nacidas de la materia.

Gran número de sus admiradores le tienen por un joven maestro preciosista, casi un Bizantino, en tanto que su obra tiende a la unidad, a la gran suma plástica.

Tampoco es, como se ha dicho, un estéril imitador de los griegos.

Nadelman es, ante todo, un teórico, un teórico a su pesar, si se quiere: un demostrador elocuente. Sus obras son, si osamos decirlo, obras-conferencias.

Por ello, no son menos seductoras. Precisamente el milagro es que en él el cerebralismo no arruina la virtud plástica. Exactamente ésta obliga a un replegarse capaz de retardar la floración sensual que da la belleza desnuda.

Por tanto, no se trata aquí de un fenómeno de retraso, tal como se manifiesta en la obra poética de Mallarmé. Lejos de sugerir una obra completa a crear por medio de los elementos intelectuales proporcionados por el artista, Nadelman impone rigurosamente una figura a la cual es prohibido prestar otra apariencia. Sólo es retardada la alegría de los sentidos. Lo más a menudo, una obra de arte alcanza, primero, nuestros sentidos; después, nuestra imaginación, que, en fin, comenta la sensación para explicar el valor moral de la obra. Al contrario, ante una obra de Nadelman nos encontramos en presencia de un problema ingenioso, del que no es

Termina el espectáculo. Es la media noche. Ni «autos» ni pieles, pero ni mendigos envidiosos. Nuevamente la plaza cobriza con el cardenillo sonoro del agua cercana. Los autobuses que se van. Los cien tranvías. No permito que me acompañe hasta el hotel. Vuelvo solo, como vine. Pero ya, sin recuerdos espectrales.

* * *

En alejarse demasiado de la Naturaleza, de las formas vivas, sobre las que nosotros somos un poder real, y de las formas prescriptas a las cosas por la voluntad del hombre, voluntad, desde luego, relativa, siempre en tutela y sumisa a las grandes direcciones naturales, la escultura exponíase a no servir al arte de la escultura, maravillándonos solamente por la presentación a la luz de objetos nuevos, de donde provinieron planos de formas nuevas.

Nadelman entrevió el arte griego aparte del academismo y del realismo y en todas sus posibilidades, que él parece pretende son ilimitadas. No fué investigador sino en el dominio de la estatuaria tradicional, que él renueva. No tuvo esas curiosidades que limitan el arte de la escultura moderna a la rebusca de objetos nuevos impropios del culto antiguo de los simulacros.

Pero, sin duda, las rebuscas inteligentes de Nadelman han ayudado poderosamente a la satisfacción de tales curiosidades.

Dotado de la aplicación del artesano sabio, artista por la voluntad lejana y jamás inmovilizado en tanto que la mano se aplica, si este artista griego torna sus miradas a Atenea, es a la Atenea de Egina. Es la Atenea obrera que, nos dice Anatole France, «fabrica con sus manos divinas... el primer navío...»

Tantos son los símbolos contenidos en la obra de Nadelman.

¿Cómo consideraremos sus obras? ¿Cómo nos aparecerá él?

Se reconocerá que no sacrifica a lo vulgar, aunque tampoco lo desdeña.

Así, en él no hay nunca formas arbitrarias, y podría llevar mucho más lejos la deformación si quisiera, sin temor de escoger nunca en lo arbitrario sin referencia.

Tribunales y penados (1)

He acompañado a un amigo mío a la casa de la Justicia. Es un autor dramático cuya última obra va a ser estrenada en Leningrado; pero habiendo surgido alguna dificultad para su representación en Moscou, óbice presentado después de comenzados los ensayos, el teatro correspondiente, a pesar de tratarse de un caso de fuerza mayor, pretende una indemnización por los gastos hechos en la preparación del decorado. Como la fecha de la citación coincide con el día en que mi amigo debe hallarse en Leningrado para dirigir los ensayos de esa misma opereta, pues de una obra lírica se trata, y allí no hay obstáculo para que sea puesta en escena, viene al Juzgado para exponer su motivo de ausencia y solicitar que se remita para más adelante el juicio correspondiente. Así lo ha conseguido, aplazando su celebración hasta dos meses después.

Esto me ha proporcionado la ocasión de visitar la mansión judicial, donde, como era de esperar, no existe ese ambiente de solemnidad que a los pasillos y a las salas de Tribunales da la presencia de los togados, y a los estrados la tétrica gravedad del crucifijo y los retratos imponentes. Una gran redoma de agua para beber con sus copas al lado, como polluelos que acaban de apartarse de las alas de la clueca, es todo el aparato de la mesa de los jueces. Los magistrados son tres hombres de tipo artesano, sencillos y pulcros en su indumento, que ponen toda atención en el examen de los casos sometidos a su criterio.

En el despacho del que pudiéramos llamar presidente de la Audiencia he preguntado a este funcionario por la evolución de la abogacía. Me dice que en todo Moscou hay todavía trescientos cincuenta abogados. Se les consiente el ejercicio de la profesión a los que quedan; pero se tiende a la desaparición de la clase, porque la defensa ante los Tribunales está declarada libre. Cualquier ciudadano puede ser defensor o puede ser fiscal. Basta que tengan el conocimiento necesario del caso a que se refieran. Y, desde luego, el interesado en llevar la voz por un asunto que le atañe o en que prevalezca la razón en algún suceso que ha presenciado, pone una fe y un ardimiento en sus argumentos y palabras que rara vez podrían ser igualados cuando eran la codicia de una minuta, la teatralidad de un éxito forense o el logro de unas ambiciones políticas los móviles que suplantaban

en el letrado al acento cordial de la sinceridad clamando por la justicia.

Los abogados de carrera que todavía permanecen tienen tasados sus emolumentos. Una consulta son tres rublos y una defensa no puede importar más de quince. Coto muy necesario, pues en el régimen antiguo habían llegado a las cifras irritantes, aunque de fijo no alcanzarían las elevaciones siderales de los letrados españoles, combinadores de la política con el bufete. Por otra parte, en Ru-



El ilustre escritor Pedro de Répide, que acaba de publicar un gran libro, «La Rusia de ahora»

sia se les ha concluido la extensión tentacular que permite asirse a los cargos de consejeros o de consultores de los Bancos y de las grandes Empresas financieras, asuntos de tal elasticidad que en algunos países consienten a los más elocuentes izquierdistas cobrar pingües sueldos de Compañías y Monopolios, aunque estén mancillados con el pecado original de su creación por una dictadura.

En el antedespacho del presidente he visto entrar a una campesina, que ha sido prestamente atendida por unos funcionarios. Me informan de que se trata de una consulta evacuada por la Junta de guardia. En todos los barrios existen asesorías jurídicas. Los jueces son elegidos en asambleas populares, y puede ejercer el veto sobre su elección el Comité Ejecutivo, es decir, el Gobierno.

La mañana en la mansión de la Justicia me ha servido de adecuada preparación para salir a mediodía de Moscou en viaje a una colonia penitenciaria, a la que cuadra con exacti-

tud el sobrenombre de modelo, ya tan desacreditado en otras partes por ser prodigado de modo tan excesivo como injusto. He ido al otro extremo de la ciudad. He llegado a la Puerta Roja, cuyo emplazamiento conserva el nombre de ese monumento de un gracioso y profuso recocó edificado para celebrar la coronación de la zarina Isabel, y derribado hace tres años porque dificultaba el creciente tráfico urbano. Cerca de allí encuentro un recuerdo literario: la casa donde en 1814 nació Lermontov, el poeta romántico que, como Puchkin, había de morir en desaffo. Desde aquel lugar he llegado a la anchurosa plaza Kalánchevskaja, en la que tiene la capital tres salidas ferroviarias. La estación de Octubre, antes de Nicolás, construida en 1851; la de Yaroslav, en 1906, y la de Kazan, intento reciente del retorno al puro estilo de la arquitectura vernácula.

Por la segunda de esas estaciones marché hacia Bolchevo, a donde conduce un ramal desde Mvtsichtchi, que tiene inmediata al ferrocarril la gran fábrica de vagones en que trabajan diez mil obreros. En Bolchevo, delicioso paraíso escondido en una tunida selva de abetos, existe el sanatorio Sosonovi Bor, casa de reposo para trabajadores de la inteligencia; pero no es este el motivo principal de mi viaje, sino el de la penitenciaría para jóvenes, verdadero dechado de la técnica penal. Todos los lugares próximos a Moscou están llenos de viviendas con jardín, y son muchos los empleados y los obreros que habitan en ellas y acuden todos los días a su ocupación en la capital. Actualmente se está formando, a cuarenta minutos de Moscou, la llamada Ciudad Verde, vasto lugar de descanso, donde habrá millares de habitaciones para quienes quieran o necesiten temporadas de descanso, y, desde luego, para las infinitas personas que deseen pasar allí su quinto día, es decir, el de la vacación que ha sustituido al domingo.

La colonia penitenciaria de Bolchevo ha sido fundada en 1924. Nadie sospecharía que se penetra en ella. No hay murallas, ni centinelas, ni esos terribles edificios cuyas sólidas paredes aíslan del mundo exterior, y donde las breves y altas ventanas enrejadas escatiman la luz y el aire al tiempo que privan de la visión del libre ambiente. Esos muchachos que hemos visto en el calvero del bosque donde comienza el pueblo, esos que hemos visto pasear sin traba ni vigilancia bajo la umbría, y llegar sin traba hasta el andén mismo de la estación, son, según me dicen, penados de la colo-

(1) Del libro recién salido de Pedro de Répide, «La Rusia de ahora».

nia. Nadie lo supondría. Ni llevan un uniforme que les marque como un estigma, ni sus rostros muestran el tábido matiz de los hombres sujetos a las privaciones de una clausura. En el vasto campo hay diseminados pabellones, que son el de la administración, los talleres, las viviendas. El campo de deportes y el club no tienen nada que envidiar a los de cualquier institución de la capital. En un confín de las praderías del campo deportivo florecen como grandes campanulas blancas unas tiendas de campaña. Son de soldados que hacen allí su vida en estos meses en que suelen quedar desiertos los cuarteles. La sala de juntas de la comunidad penitenciaria está en la plaza principal del pueblo.

La colonia fué creada con novecientos cincuenta delincuentes menores de edad, sacados de las cárceles. Les gobierna una administración formada por ellos mismos, y todas las cuestiones son tratadas en común. Tienen sus reuniones cada diez días y se reparten en varias Comisiones: cultural, de alimentación, de vestuario, etcétera. Constituyen entre ellos su Tribunal. Hay un Comité central para juzgar las cuestiones más graves, y en éste se halla el presidente de todas las Comisiones.

Tienen cuatro grandes talleres, pues un fin principal de la colonia es adiestrar a los penados en trabajos útiles. El primero es de zapatería; el segundo, de tejidos; el tercero, de mecánica, y el cuarto, de objetos de deporte. Cuando he visto este departamento he encontrado a los operarios ocupados en una copiosa producción de patines. Reciben el dinero importe de su trabajo. Los especialistas cobran ciento sesenta y cinco rublos mensuales. Quienes llevan menos de tres meses perciben veinte rublos para que dispongan de ellos libremente, y el resto de su ganancia va a un fondo común.

En 1927 fueron traídas a la colonia cien mujeres, no todas delincuentes, sino muchas huérfanas que vivían en orfanatos. El éxito de sus uniones con los penados ha hecho que se decida el aumento de la compañía femenina. Los antiguos se han casado con aldeanas de las cercanías y del mismo pueblo, una vez vencido el temor que su vecindad inspiraba. Habitan en cuartos especiales para ellos. Asciende ya a ciento veinte el número de matrimonios, que han dado un centenar de hijos. Estos casados, aunque viven aparte, deben seguir asistiendo a las reuniones y toman parte como todos en la constitución de la comunidad.

Para castigar a los remisos en el trabajo se les quita el día de reposo, jornada en que podían ver a sus padres. He preguntado por los casos de fugas, y me dicen que son contados y cada vez más. Durante el verano es

cuando surge con más frecuencia el deseo de la evasión. El cincuenta por ciento de los que quieren escaparse es durante el primero o el segundo mes de estancia en la colonia. Ha sucedido que un penado, a los cinco años de permanencia aquí, huyó un verano hacia la Crimea, y después de haber llegado al término de tan largo viaje, volvió espontáneamente a la penitenciaría.

No se ha fijado fin para la estancia porque varían las condiciones del penado. Como sanción para su conducta se le indica la opinión pública. Cuando lleva ya algún tiempo y se hace acreedor a toda consideración se nombra en una reunión la Comisión que ha de hacer gestiones para reintegrarle en sus derechos civiles y procurar su entrada de nuevo en la unión profesional que le corresponda.

Una amiga mía a quien he referido mi visita a Bolchevo me confirma la excelencia de esas colonias y de sus métodos penales. Me refiere que la autoridad que reconocen y siguen es la del maestro; pero cuando llega uno nuevo le someten a algunas pruebas, sin que él se dé cuenta de que son tales experimentos. Si sale triunfante de ellas, le veneran y obedecen. Pero si no lo ha conseguido, tiene que marcharse.

Ella pasó un verano en un pueblo próximo a una de esas colonias y presencié una de esas pruebas. La del fuego. En un pabellón se inició un incendio, que todos los penados se apresuraron a combatir. La prueba consistía en ver la actitud del maestro ante el siniestro. Si era de pasividad, de mera contemplación de los trabajos para extinguirle o de limitarse a dar órdenes o indicaciones, había fracasado. Pero si unía su personal esfuerzo al de ellos, participando del peligro y del fervor para dominar el estrago, entonces había ganado, sin saberlo, la partida y podía contar con la adhesión entusiasta de sus discípulos.

Cuéntame también que las ventanillas de su residencia estaban siempre abiertas, y jamás ni en su casa ni en ninguna otra hubo rapacidad ni desmán que lamentar por parte de los penados sueltos. Sólo una vez que en el alféizar quedó un plato de dulce, desapareció su contenido. Única y picaresca rapiña de muchachos golosos, que no sólo nada prueba en contra,

sino que ratificaba la bondad del régimen en que se les hace vivir.

Colonias como la de Bolchevo son gala del método penal en Rusia. Sistema que en las prisiones de la ciudad ofrece particularidades, como la de que pasados seis meses puede el preso salir de la cárcel tres días al año. Se ha dado el caso de que uno de ellos, como al cumplir el plazo para su retorno se hallase en lugar donde ya no tenía tren disponible, telegrafió al director de la prisión diciendo dónde estaba, cuál era la causa de su tardanza y anunciándole su reintegro para las primeras horas del siguiente día.

Si el preso es un labriego, su mujer puede pedir al Soviet correspondiente que le dejen salir durante tres meses para ayudarla en las faenas agrícolas.

**ESTE NÚMERO HA
SIDO VISADO POR
LA CENSURA MILITAR**

CARTA ABIERTA

Un bolcot contra Blasco Ibáñez

Santiago 9 de diciembre 1930.

Sres. Directores de NUEVA ESPAÑA.

Madrid.

Estimados señores míos: Uno de los dos teatros que existen en esta ciudad, dirigido y explotado por gente eclesiástica, fué inaugurado con una película de Zola. Y, ayer mismo, se proyectó en él un film español—«La bodega», de Blasco Ibáñez.

Sin embargo, la moral de los empresarios, si bien no tiene inconveniente en lucrarse con las producciones de los descreídos, pone especial cuidado en ocultar esta fuente nada veneranda de sus ingresos. Así ocurrió que, con motivo de la proyección de «La bodega», seráficas manos revelaron el nombre del insigne Blasco, en programas de mano, carteleros y demás medios de propaganda; y la película fué troncada, en la pífida intención de que el público no se enterase de que se trataba de una obra del glorioso autor de «La catedral».

Yo me pregunto si la Sociedad de Autores Españoles no tiene todavía conseguidas del Estado garantías bastantes para mantener el orden cultural de la nación y si se puede castigar esta oscura afrenta clerical a una gloria de la literatura española.

Les saluda cordialmente, su camarada y s. s. q. e. s. m., **L. Santiso Girón.**

PASTILLAS K L A M

CURAN LA TOS

**POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA
¡PROBADLAS!**

La primera caja convence.

Sólo cuesta tres reales.

Venta en farmacias y droguerías.

FICHERO

por PIO CID

Debe hacer dos años de esto. La Academia de Caballería, en viaje de «prácticas»—estos viajes que tanto ha explotado la opereta—llegó al seco recinto de El Escorial. Entre los muchachos de la escuela militar estaba un hijo de cierto personaje.

Esta tercera estampa—de la misma época—tiene el mismo origen e idéntica frescura confidencial. Los amigos de aquel gran hombre podían escribir la más chispeante historia íntima del siglo. Si no tan sutil, tan llena de gracia griega en ocasiones, como la que Boussón nos dejó de Anatole France, por lo menos la aventajaría en obscenidad.

Un pobre cretino, que ostenta como una condecoración la vanidad de tratar al jefe, deja patinar las palabras inestimables sobre el velador de mármol donde los vasos de cerveza yerguen sus chimeneas doradas.

—¡Cómo lamenta el presidente tener que marcharse a Madrid! Ya ves tú: como aquí hace tanto calor se pasa el día en calzoncillos y así nos dicta... Y eso en los salones de la Presidencia no puede hacerlo.

(Suponemos que si no lo hizo es porque no se le ocurrió.)

¿Ustedes no saben que la belleza de una señorita—para ella, nuestra mejor galantería—llegó a producir una nota oficiosa? Desde luego, no es nueva la intervención de las mujeres en las cosas públicas. Si yo no frenara mi pedantería, sacaría a relucir a Cleopatra, a Friné, desnuda ante el Areópago... Pero ahora se trata de una Friné contemporánea, con traje de cretona.

Achaques de salud me tuvieron tres años recluso en sierras de Castilla. A ellos debo, como se ve, lo mejor de esta jornada humorística de hoy.

Un dibujante de talento hizo una caricatura de la hermana del ministro y se publicó en una sección veraniega de «El Liberal». La indignación de la caricaturizada no tuvo límites; lo que a otra mujer hubiera halagado por lo que tenía de popularidad y de homenaje, a ella la exasperó. No quieren ustedes saber la que este asunto armó. Cuando en España se es hermana de un prohombre de la Dictadura, hasta la belleza es una cosa sagrada, como las demás cosas sagradas que hay en la Constitución.

En el mismo periódico se insertó la tal nota, una de aquellas turbias eyaculaciones del más incurable onanismo intelectual. Y el asunto apenas

tuvo resonancia. Se la quitó la cobardía del director de «El Liberal».

El maestro Unamuno y yo paseamos una tarde por la plaza Mayor, en Salamanca. Está reciente la publicación de su «Romancero del destierro», cuyos dieciocho romances magníficos recité yo una noche, con temblores de llanto en la voz, dentro de un círculo emocionado de estudiantes. Las gentes pasan, y doblan la cabeza para seguir viéndole. A los saludos, él inclina un poco la frente y se lleva la punta de los dedos al filo de la boi-

na. Su palabra incansable gira, y dispara para estrellas como una rueda de afilador. En la seda vespertina, las lenguas del aire edifican fábulas del Renacimiento.

Una pregunta.

—¿Ahora?

—Es el momento del histerismo.

—¿Después?

—Háganse como se hagan las elecciones—usted ya sabe cómo se van a hacer—, las Cortes lo pondrán hecho un guiñapo. Y él es tan rastrero que, si hace falta, llegará a ponerse de rodillas. No lo dude usted.

ESTE NÚMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA MILITAR

Nuestra música en marcha por V. SALAS VIU

II

Hubieran sido los conciertos de la Orquesta Clásica que venimos comentando demasiado incompletos si hubieran ofrecido a nuestro público tan sólo novedades de la música española, y, naturalmente, es obvio decir que unas y otras novedades iban acompañadas de otras obras que no lo son al menos en cuanto a la fecha en que fueron compuestas, aunque para nuestros auditores, sometidos a dieta, aún lo sean; por ejemplo, el «Concierto en la menor» de Vivaldi y el «Castor y Pollux» de Rameau. Constreñido en estos artículos a las obras nuevas españolas, paso por alto la reseña de todo lo que además contenían los programas de esta serie de conciertos.

María Rodrigo, tras de una ausencia larga de los menesteres musicales, ha vuelto a someter sus obras a la prueba arriesgada de enfrentarlas ante la hidra de mil oídos—esto quiere decir el público; perdónese esta exageración—, la cual hidra, complacida, le dispensó sus más cordiales aplausos.

La «Suite de Orquesta» de Rodolfo Halffter es desde luego una obra plenamente conseguida en todas las partes que integran una producción musical técnica y estéticamente. Obra reposadamente sentida y realizada con esa escrupulosidad que le caracteriza, reúne a lo largo de todos sus tiempos, depuradas en su más alto grado, las más sutiles cualidades del arte sonoro. Una armonía magistral, que contiene las más arriesgadas disonancias en el más justo y lógico empleo de ellas, va continuamente unida a una bondad de orquestación de líneas claras y concisas, de un color grisáceo y transparente. La melodía, reducida a su exacto y justo papel dentro del

equilibrio de la obra, tiene siempre giros de una gran elegancia, evocativa de la sublime elegancia y gracia de los maestros del siglo XVIII.

En la «Berceuse» inicial el elemento melódico, tan fluido, tiene toda la ingenua sencillez de una canción popular, sencillez melódica a la que va emparejada la más difícil y compleja realización armónica y orquestal, manteniéndonos en un constante goce de las sonoridades más limpias. El «Scherzo» se desenvuelve dentro de combinaciones rítmicas interesantísimas llevando unida a la gracia peculiar que debe tener esta forma musical, gracia en este caso, como es natural, «muy siglo XVIII», un producto completamente actual en la música: la ironía.

Más complejos que los dos anteriores tiempos, pero dentro de un mismo sesgo de intención, son los dos finales «Elegía» y «Final». La primera de una emoción retenida y serena, mientras que el segundo es el broche necesario a tal obra. Tan bien limitados sus perfiles, tan rico de intenciones ampliamente realizadas es este «Final» el indispensable a esta obra, con lo que le decimos el mayor elogio.

Julio Gómez, que como todos nuestros críticos también es compositor, viene con frecuencia últimamente lanzando sus hijos espirituales al palenque. Esta acepción tan chocha de llamar «hijos espirituales» a las obras nunca se podría emplear con más justicia que en el caso de Julio Gómez y las suyas, si hijos son los que sobre sí sienten el cariño de su creador, que, en este caso, tan grande es que casi nos atreveríamos a decir que parece como si no hubiesen sido separados los hijos de la mente vivificadora que los creó, unidos siempre a ella por el cordón umbilical.

La Conquista y la Independencia Religiosa de los Indígenas

por M. O. de MENDIZÁBAL

A principios del siglo XVI, los grandes Estados indígenas de México y los pequeños señoríos independientes, es decir, los grupos, más o menos poderosos, organizados políticamente detenían en una frontera extensa e imprecisa (Culiacán, Tepic—Atotonilco—, Acámbaro, Jilotepec, Jijitla, Valles y Tampico) el avance hacia el Sur de las hordas cazadoras, chichimecas y de las tribus pimas.

En esta época, el más elevado estadio de civilización correspondía a los nahuatlacas del Centro de México: xochimilcas, chalcas, tepanecas, tlahuicas, tlaxcaltecas y aztecas, así como a los cholultecas y huexotzincas, descendientes de los náhoas-toltecas; a los tarascos de Michoacán y a los mixtecas y tzapotecas de Oaxaca. La alta cultura maya-quiché había desaparecido en absoluto en unas comarcas y estaba en otras profundamente degenerada, por el afloramiento de las culturas inferiores, debido a múltiples causas de naturaleza diversa.

Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Nuño de Guzmán y el adelantado Montejó, al frente de unos cuantos cientos de españoles, lograron destruir, en treinta años, la estructura política de todos los Estados y cacicazgos del Centro y Sur de México, incluso la parte septentrional de Centro América, porque el desembarco de los conquistadores en la costa de Veracruz, coincidió, precisamente, con el período más crítico de la formación de las nacionalidades indígenas.

La rápida y certera visión de Cortés le permitió aprovechar, en apoyo de sus planes de conquista, las profundas discordias que esta situación había producido, fomentando el odio de los grupos sojuzgados o simplemente amenazados por los nahuatlacas del Valle de México, organizándolos y dirigiendo su común ofensiva contra los aztecas, el núcleo militar y político más poderoso, verdadero embrión de una fuerte nacionalidad. Sus capitanes, después, y más tarde los diversos jefes de expediciones de descubrimiento y conquista, aplicando la misma táctica, batieron en detal, en las distintas regiones del país, con éxito asombroso, a los pueblos rebeldes a la dominación extranjera, que sumaban en conjunto muchos millones de individuos, sometiendo a los pueblos, sin que se registraran, entre ellos, importantes rebeliones posteriores.

Por el contrario, las tribus de familia pimana del Noroeste de México; las hordas nómades de los chichimecas, teochichimecas, guachichiles, zacatecos, apaches, etc., que re-

corrían el Norte de la Altiplanicie y el Estado de Tamaulipas; todos los grupos, en suma, de cultura poco evolucionada o retrogradada que, a la llegada de los españoles, no formaban organismos políticos propiamente dichos, porque en ellos la autoridad residía difusa en la colectividad, eventual y condicionalmente delegada en algunos de sus guerreros o hechiceros; pero sin que ninguna institución militar o sacerdotal hubiera logrado, aún, acapararla en absoluto, presentaron una tenaz resistencia a los conquistadores, que se prolongó en ciertas regiones durante toda la Dominación Española, alcanzando, incluso, hasta nuestros días.

La Conquista de México fué, desde sus orígenes, una empresa exclusivamente económica. Los españoles arribaron a las playas del Golfo con intenciones de «rescatar», tan sólo, espejos, cuentas de vidrio y demás bujerías de industria de Europa, por el oro americano. Más tarde, cuando el éxito coronó, con la caída de Tenochtitlán, la arriesgada aventura de Cortés, para la que no traía ni autorización ni planes definidos, se pensó en establecer, por medio los tributos usuales entre los pueblos indígenas sometidos con tanta facilidad, la explotación sistemática de la riqueza de los países conquistados.

Pero ese procedimiento clásico de despojo no pudo aplicarse, por lo menos, en la escala enorme que la extensión de los territorios y lo nutrido de la población permitía esperar, porque la medida tradicional de la riqueza, para los indígenas de esta región de América: plumas de aves preciosas, jade, diorita, cacao, etc., era completamente diversa a la de la civilización occidental; y, además, porque el cultivo del maíz, del frijol, del algodón y de las variedades industriales del agave, así como las manufacturas textiles y cerámicas, base económica de las sociedades indígenas, no podían proporcionar riqueza exportable en especie, tanto por ser productos desconocidos o desusados en Europa, cuanto porque su conducción hubiera demandado un esfuerzo naval superior a las posibilidades de los particulares y contrario a los planes de la Corona, que no hubiera consentido en tomar a su carga, tamaña empresa, desatendiendo su programa de supremacía dinástica.

En vista de ello, el conquistador hubo de transformarse necesariamente en colono, para explotar los recursos regionales de acuerdo con su concepto peculiar de la riqueza y con las

circunstancias históricas, lo cual demandaba un dominio más efectivo y permanente que el logrado por medio de las armas, sobre las masas trabajadoras indígenas que harían posible esa explotación, puesto que los espa-

ños cuantos miles de soldados y colonos, dispersos entre una población de más de treinta millones de individuos, separados unos de otros por rios, cerros, por lenguajes distintos, por costumbres diversas y por



ñoles, en América, sólo por excepciones, intereses encontrados, no hubieran podido imponer una organización política que, sustituyendo los sistemas mejor decir, el trabajo del indio, destruidos por ellos, hiciera posible el control de las masas y su aprovechamiento en las nuevas normas de trabajo, de no mediar un auxiliar poderoso: la religión.

La Conquista Española, que, como todas las empresas de su género, se tradujo en una serie interminable de atentados contra la vida, la libertad y la propiedad de los pueblos de América,

rica, tuvo, «para descargo de la real conciencia de los monarcas» y tranquilidad de las plebeyas conciencias de los conquistadores, la disculpa teológica de la conversión de los indígenas al cristianismo. Los soldados, como era de esperarse dada la índole de su misión histórica, emprendieron la fase destructiva del programa, de acuerdo con sus posibilidades, su cultura y moralidad personales, sin pensar, siquiera, en iniciar, de manera formal, la conversión de las multitudes nativas. Los sacerdotes que los acompañaban, incluso, simples capellanes de sus ejércitos, más que apóstoles de la fe, poco se preocuparon también de la predicación.

Pero los precarios resultados materiales de la conquista de México—el reparto de los tesoros despojados a los indígenas—no bastaron a los soldados de Cortés ni siquiera para saldar sus deudas con el cirujano, y el desencanto que produjeron las expediciones enviadas en demanda del oro codiciado, convencieron a los conquistadores más inteligentes y al Gobierno español de la necesidad de organizar la explotación de las «posibilidades» y sustituir para ello la conquista militar destructora por la espiritual constructiva.

Para lograr esta finalidad, el Rey de España necesitaba tener el control absoluto sobre el clero regular y secular que habría de emprenderla; los papas Alejandro VI, concediéndole el «Real dominio de los Diezmos», y Julio II, otorgándole el «Real Patronato», le confirieron el dominio efectivo y completo, económico y jerárquico, sobre la Iglesia Americana: no era el poder temporal el que serviría al espiritual, según cumplía a la ética del siglo, sino la religión la que iba a ser instrumento, más que aliada, del Estado español.

La religión, que había sido en las sociedades indígenas el principal elemento de dominación, serviría, también a los españoles, para dominar económica, social y políticamente a los pueblos indígenas de América.

En los grandes Estados del Centro y Sur de México, y, en mayor o menor grado, en todos los pequeños grupos organizados políticamente, el sacerdocio constituía una institución orgánica y, en consecuencia, las prácticas religiosas, normadas por un ritual preciso e inflexible, formaban ya una verdadera especialidad; pero entre los poderes espirituales y temporales existía una interdependencia tan estrecha, que en ocasiones llegaba, como entre los aztecas, a una posi-

va identidad, puesto que el monarca era, por excelencia, el sumo sacerdote, y de las altas dignidades sacerdotales se solía pasar a los supremos mandos militares y de éstos a aquéllas.

Como consecuencia del excesivo formulismo y jerarquización de las instituciones sacerdotales, los dogmas, los mitos y hasta la ética misma, fueron supeditados a un complejo ritual, en forma tan estricta, que el espíritu religioso no podía mantenerse, ni casi manifestarse, independientemente del sacerdocio que interpretaba la voluntad de los númenes y que poseía, privativamente, las fórmulas propiciatorias.

Paralelo a la constitución del sacerdocio, como casta, y a la supremacía ritual, se desarrolló un concepto materialista que les es complementario: los templos, las representaciones plásticas de los dioses y los implementos ceremoniales, cobraron progresivamente una importancia esencial en la religión, de la que eran simple expresión y símbolo, al grado de no ser posible un acto de culto, sino a condición de realizarse en lugar determinado, frente a tal o cual imagen de los númenes y con auxilio de objetos rituales precisos.

Por ello, los conquistadores, al asumir la soberanía y el poder condensado en los señores y caciques, aniquilando material o virtualmente las castas militar y sacerdotal que les servían de fundamento, y ocupar el emplazamiento de los *teocallis*, por lo común pirámides que tenían decisiva importancia como lugares estratégicos, dado que en sus luchas tradicionales habían sido el primer objetivo del ataque y el último baluarte de la resistencia, destruyendo previamente los templos, los ídolos y los implementos rituales, hirieron de muerte a la religión misma, al propio tiempo, privando a las multitudes indígenas de su consuelo espiritual, en los momentos en que más lo necesitaban por las tremendas vicisitudes que sufrían.

En este momento crítico y propicio arribaron a las playas de Veracruz los apóstoles de la nueva religión. A los frailes de la Orden de San Francisco, la más prestigiada de Europa, en esa época, correspondió iniciar, el año de 1524, la portentosa obra apostólica y política. Después de los primeros ensayos infortunados, producto de un «celo indiscreto», que los impulsó a lanzarse a predicar los más abstrusos dogmas del catolicismo, «con mudez y solas señas» o en español, profusamente ilustrado con textos latinos, a las atónitas multitudes náhoas, taras-

cas u otomíes; logrado el arduo aprendizaje de las lenguas indígenas, «la teología que de todo punto ignoró San Agustín», y, sobre todo, instruidos en el catecismo y adiestrados en el ritual por Fr. Pedro de Gante, el primer maestro de América, varios centenares de niños de la nobleza vernácula, los franciscanos emprendieron con fervor la conversión de los naturales, desde sus cuatro primitivos conventos de México, Texcoco, Tlaxcala y Huexotzingo.

Ya en su terreno evangélico, en íntimo contacto con las masas nativas, presas de la desorganización, el terror y el fatalismo, los monjes penetraron fácilmente su situación religiosa y supieron aprovechar en favor del catolicismo sus conflictos espirituales. Ayudados eficazmente por los alumnos de sus colegios y por los catecúmenos indígenas, acabaron de destruir los altares de los dioses caídos; procuraron atraer por medio de discusiones teológicas a los sacerdotes indígenas que habían sobrevivido a la lucha militar, hostilizando sin piedad a los contumaces y persiguiendo los actos clandestinos de los cultos prohibidos, hasta los lugares más apartados del país, con los castigos más severos.

Entre los pueblos politeístas se observa una marcada tendencia al eclecticismo religioso; con facilidad aceptan en sus altares un dios extranjero, en particular si atraviesan un período de crecimiento por agregación o conquista de otros pueblos, y atribuyen a las divinidades ajenas, lo mismo que a las propias, poder para beneficiar o perjudicar a sus fieles, e incluso a los que no lo son. Entre los pueblos nativos del Centro y Sur de México, cuyas religiones eran ya un inextricable conglomerado de mitos de diversas procedencias étnicas y de distintas filiaciones culturales, la conquista implicaba la imposición de los númenes de los vencedores y la aceptación de su culto por los vencidos: no existía entre ellos, en consecuencia, oposición psicológica o tradicional para la admisión de nuevos dioses. Por esto, la religión católica no encontró grandes resistencias mentales para ser aceptada, como un aporte más; pero fué imposible, por lo menos durante las primeras generaciones, que los indígenas abandonaran, sincera y totalmente, el culto íntimo de sus divinidades vernáculas, como lo demandaba, en principio, el exclusivismo característico de las religiones monoteístas.

Por ello, las multitudes nativas, acostumbradas a los ritos cotidianos y múltiples, necesitadas de una protección divina que no les podían impartir ya sus dioses de piedra, rotos en mil fragmentos que formaban parte de la mampostería de las iglesias de la nueva religión y de las casas

de los conquistadores; habituadas a concurrir, día a día y noche a noche, a los lugares consagrados por su fe centenaria, ocupados ya por los templos cristianos, presentaron, en realidad, muy poca resistencia para irse sometiendo, en grandes masas, como un acto natural de acatamiento a los vencedores y como un recurso, frecuentemente eficaz, de defensa contra sus abusos, a la adoración, en extremo superficial y mecánica, de los nuevos dioses—pues dichos dioses eran y aun son para muchos de ellos, tanto las tres distintas personas del dogma de la Trinidad, como los elegidos del Santoral Romano—que iban a suplantarlo, primero, y a sustituir más tarde, a sus dioses de los elementos, de las actividades humanas, de los accidentes de la naturaleza y hasta a sus diosillos domésticos.

Con la sola cooperación de los dominicos, a quienes correspondió evangelizar Oaxaca, Chiapas y Guatemala, principalmente, y de los agustinos, a quienes tocó doctrinar Michoacán, Guerrero y la Huasteca, de preferencia, pues la inmoralidad, incompetencia y escasez del clero secular no permitió al Episcopado, en aquella época de roturación, ejercer una acción catequística independiente de las Ordenes religiosas, los franciscanos habían logrado, al mediar el siglo XVI, al decir de los cronistas y de los documentos de ese tiempo, la conversión de los pueblos indígenas del Centro y Sur de México, hecha excepción de los grupos de cultura arcaica, que habían perdurado, incrustados en las jurisdicciones de los grandes Estados, al amparo de las comarcas de difícil acceso y circulación.

La conversión de los indígenas al catolicismo fué un hecho real por lo que se refiere a su absoluta sumisión

al clero regular y secular, es decir, desde un punto de vista meramente político y administrativo; por lo que hace al culto, esta conversión fué sólo relativa, pues el ritual romano sufrió inevitables modificaciones al enriquecerse con las ceremonias, plegaria y oblações de los rituales vernáculos.

Aunque el sacerdocio procuró, en el ejercicio de su ministerio, no apartarse de los cánones, sino en aquellos casos de fuerza mayor previstos en los concilios, se vió en la imprescindible necesidad de transigir con el uso de las formas propiciatorias tradicionales entre los nativos, sin cuyo requisito la obra apostólica hubiera tropezado con obstáculos difíciles de superar y se habría demorado siglos, tal vez, con grave perjuicio de los intereses políticos de la Colonia.

Por ello, las danzas, incluso de carácter totémico o astronómico, expresión dinámica de las religiones anatemizadas; los antiguos cantares en las lenguas nativas, expurgados, tan sólo, de sus alusiones a los dioses caídos, pero con su mismo espíritu, su misma ética y su misma estética, y las habituales ofrendas, de acuerdo con las normas prescritas en el tonalamatl maldito, sirvieron para adorar a *Tonantzin* (Nuestra Madre) del Tepeyac (La Virgen de Guadalupe), en el templo edificado donde había sido adorada *Tonantzin*, Nuestra Madre *Centéotl*, Diosa del Maíz; el Santo Cristo de Chalma en la cueva de *Oztóctéotl*, Dios de las Cavernas, comprendida hoy dentro del recinto del santuario indígena más importante de México, y la Virgen de los Remedios sobre la pirámide de Cholula que soportaba, en la época de la Conquista, el más famoso templo de Quetzalcóatl.

(Continuará en el número próximo.)

CARICATURA DE ALEMANIA, por George Grosz.



CARTA DE BERLIN

El proceso contra George Grosz

por F. FERNANDEZ ARMESTO

Se los declara absueltos a él y al editor.

En tercera instancia se ha visto el proceso seguido por el fiscal del Reich contra el dibujante George Grosz. Ya se ha mencionado aquí la causa de este sensacional *affaire* político-religioso.

Grosz dibujó para la representación del «Schweik», realizada por Piscator, una serie de ilustraciones formidables que retorcián en expresión suprema los puntos culminantes de la obra. Retirada la obra del cartel, después de más de 200 representaciones, Grosz recogió y editó en una carpeta los dibujos.

El fiscal consideró delictivos dos de ellos, aquellos en que la fuerza flageladora del gran dibujante conquista el valor supremo de las posibilidades humanas. Ambos acompañan esta información. En uno, Cristo colgado de la cruz, con careta de gases asfixiantes y botas de montar, es considerado por el profundo e insobornable sentimiento religioso de Grosz con esta frase: «Callar el pico y a seguir sirviendo.» ¿Se habrá hecho, en nuestra época más enternecido comentario a la procax mistificación con la que el clericalismo del mundo entero aprovecha para fines profanos las doctrinas de Cristo? En la otra caricatura, dos militares se dan la mano incensados por un sacristán mientras el sacerdote, que «bebe» en la Biblia y hace juegos malabares con la cruz, predica obediencia a la autoridad. El fiscal encontró en ambos comentarios delito de ofensa pública contra la religión. Una instancia tras otra ha ido el fiscal persiguiendo la sanción del delito, siempre difuminado ante el análisis de la justicia.

Referidos los hechos, se abre paso por entre las sugerencias de uno y lo que a uno se le ocurre decir la fuerza del mismo proceso, el idioma y el ambiente en que se desarrolló. Los procesos, en Alemania, tienen tanta crudeza y aire real, que son casi siempre trozos supremos de la vida popular. Por eso se comprende el interés y la emoción que despierta todo proceso en el que existe alusión a lo social. El proceso de Grosz, por la calidad del procesado y la del delito, fué uno de esos acontecimientos que presiden durante horas la vida de Alemania.

El juez había convocado seis peri-

tos pertenecientes al Arte y a las iglesias cristianas para que dictaminaran, según su criterio, sobre las caricaturas de Grosz y determinaran si se incurre en ofensa a la religión o no. Este hecho realzó la significación del proceso, porque puso en juego la opinión de las iglesias cristianas y la del Arte, y les hizo encontrarse en el terreno, sembrado de pólvora, de los dibujos de Grosz.

Reflejemos ahora, con recortes de la Prensa, el desarrollo de la vista.

«Como peritos en el proceso contra Grosz han sido invitados, el doctor Redclob, director del Museo; el profesor y consejero de Estado doctor Kahl; el Pastor Schreiner, como representante de la religión luterana; el profesor doctor Wágner, como representante de la religión católica (por delegación del obispo de Berlín). El defensor había nombrado peritos al párroco Bleier, de la Iglesia católica de Berlín; el redactor del periódico católico *Rhein Minischen*, señor Dirks. Como representante de la «secta luterana pura» compareció el ingeniero doctor Albrecht.

«Presidente: ¿Con qué intención



Ramsin, el Profesor que traicionó al Comunismo, Director del «Partido Industrial» que en sus declaraciones ha hecho sensacionales acusaciones contra Poincaré, Briand, Churchill, la banca y el capitalismo europeos.

hizo usted el dibujo cuyo pie reza «Sed sumisos a la autoridad»?—Acusado: Sin intención torcida de ninguna clase (expectación). He querido zaherir a los representantes de la Iglesia que propagan la guerra y apoyan al militarismo. Estos representantes intentan bendecir con la Biblia lo que la Biblia maldice. Lo cual, claro está, no puede hacerse más que con malabarismos.—Presidente: ¿Qué cree usted del pacifismo?—Acusado: Yo soy enemigo de la guerra.—Presidente: ¿Pertenece usted a algún partido político?—Acusado: Al comunista. Después de esto, entre el presidente y Grosz se desarrolla un diálogo sobre la significación del dibujo de Cristo con careta de gases asfixiantes. Grosz explica su caricatura diciendo que quiso expresar que si hoy volviera Cristo a la tierra se le pondría un uniforme de soldado y se le obligaría a callar.»

«El primer perito, doctor Dedslob, declara que Grosz «es un artista de profundo carácter alemán, que deja hablar a su conciencia.» «Es un religioso íntimo que desea que los hombres lleguen a ser mejores de lo que son.» «Un artista fervoroso, un moralista, un hombre que acusa al mundo.» «DESDE QUE GROSZ LLEGÓ AL MUNDO, EL MUNDO ES MÁS FUERTE QUE ANTES.» «Se vuelve con sus dibujos contra la mistificación que la Iglesia realiza con sus oficios en favor de la guerra.»

«De los ocho peritos, defendieron la tesis de que en las caricaturas de Grosz no existe delito seis. El doctor Albrecht hizo una apología de Grosz y su arte: «La caricatura de Cristo con una máscara de gas no sólo no es una ofensa a la religión, sino una profunda queja de Cristo que pregunta a la Iglesia: «¿Qué habéis hecho conmigo?» El representante del obispo de Berlín se expresó con hábil discreción.

«El fiscal pide un año de prisión para cada uno de los acusados y 2.000 pesetas de multa. El defensor solicita la absolución.»

«GROSZ ES ABSUELTO Y DECLARADAS LAS COSTAS DE OFICIO.»

«La Audiencia tercera de Berlín declaró absuelto a Grosz y al editor Willand-Herzfelde. La sentencia contiene el siguiente fundamento: «EL SENTIMIENTO DE ODIO DEL ARTISTA ANTE LA GUERRA ES TAN FUERTE QUE LE OBLIGA A NO DETENERSE NI ANTE LOS MÁS

ALTOS SÍMBOLOS. PERO NO HA OFENDIDO A ESTOS SÍMBOLOS, AL CONTRARIO, HA DICHO QUE LA GUERRA ES CONTRARIA A CRISTO Y SUS ENSEÑANZAS Y LAS HA INVOCADO CONTRA LA CRUELDAD DE LA GUERRA.»

«La sentencia produjo una gran emoción, intensificada cuando el profesor de Teología de la Universidad de Breslau, nombrado como perito de la Iglesia católica, se levantaba de su sitio e iba a apretar efusivamente la mano del gran dibujante comunista.»

«La Audiencia no tomó ni en cuenta la observación del profesor Kahl, según la cual pudiera existir delito

político en las caricaturas de Grosz.»
«Una sentencia justa.»

He aquí un caso de respeto ante el arte y la inteligencia, magníficamente ejemplar. ¿Qué diría uno de nuestros tantos obispos de Vitoria si les llamaran a dictaminar ante cualquiera de estas dos caricaturas que reproducimos aquí y que han sido consideradas como no delictivas por representantes de la Iglesia católica alemana?

George Grosz es la más fuerte personalidad artística de la Alemania de hoy. Los grandes artistas han sido casi siempre los que juegan con elementos más aparatosos que la línea,

como el color e el mármol. Grosz ha conseguido cargar el fino contenido de la línea, a un propio tiempo con los desvelos y los sarcasmos de la Humanidad.

Alfred Kerr le ha dicho:

«Tú luchas con tu lápiz de acero como un auténtico luchador.»

Grosz es fuerte, despeinado e impetuoso, habla a puñetazos, pero su idioma tiene una evidencia clara, que entra en lo falso, escalofriante, como una hoja de acero.

Berlín, diciembre.

Las "razones" del imperialismo

Los campamentos de deportación del Alto = Digoel

Otra vez se ha hablado en Holanda de la cuestión de los campamentos de deportación de la Indonesia—llamando al archipiélago por el nombre que sus habitantes conscientes le dan, y no por el de sus dominadores: Indias orientales neerlandesas. Se ha hablado nuevamente del escándalo del campamento de deportación del Alto-Digoel, en la Nueva Guinea—muy tímidamente, desde luego—, y no por un tardío despertar de justicia, sino más bien a consecuencia de desagradables críticas en el extranjero, «donde se suele desconocer el fin y la intención de estos campamentos». Después de casi tres años, en que la sangre y los sufrimientos de las víctimas no dejan duda alguna acerca del verdadero carácter del imperialismo de Holanda—carcomida cuna de la libertad—, el Gobierno nombra una Comisión, que tratará de informar a la Humanidad respecto a los fines altruísticos de la deportación en masa, después que se ha visto obligado a reconocer la existencia de varios «casos de injusticia», procedimiento tradicional cuando, pasado el primer peligro, se quiere dar un carácter imparcial a la investigación oficial. Esta información está destinada, en primer lugar, a la Sociedad de Naciones.

En general, se consideran las colonias holandesas como modelo de colonización tropical y sin duda lo son, si bien la realidad demuestra claramente que es un pobre y miserable consuelo. Hace poco, los franceses ensalzaron la obra colonial de Holanda, y la autoridad colonial holandesa se ha creído en el caso de invitar a todas las potencias imperialistas a la lucha contra la independencia de los pueblos oprimidos y sus movimientos nacionalistas, cambiando, claro está, estas palabras por la única que se em-

plea ahora para todas las formas de rebeldía: la palabra comunismo.

Sin las colonias, no hay Holanda; y tan penetrada está la masa en la metrópoli de esta dudosa verdad, que el miedo al porvenir la impide pensar siquiera en la independencia de la Indonesia, y grandes organizaciones obreras, si bien incluyen la inevitable exigencia en sus programas, la aplazan para el futuro, «cuando la colonia disponga de la preparación, elementos y medios para regir sus propios destinos», sin explicar cómo y por qué camino, el actual Estado capitalista holandés iniciará la independencia, cuando los hechos indican todo lo contrario.

Como se sabe, la isla principal de la Indonesia es Java, que en último censo, de 1920, acusó la enorme cifra de más de 35 millones de habitantes (Holanda, siete millones), teniendo su tierra laborable totalmente cultivada. De esta superficie ocupa la explotación capitalista directa la décima parte, las mejores tierras, por lo que se comprenderá fácilmente que el indígena está cada día más obligado al trabajo por jornal, en vez de poder mantenerse por minifundios, como era la costumbre. El número de habitantes de Java era de tres millones en 1800, y el aumento formidable expresa el desenvolvimiento y la relación con el capital occidental. De estos datos no es difícil deducir que Java tiene que ser el centro de todos los movimientos nacionalistas, y el terreno predestinado donde brotan todos los «gérmenes de rebeldía», que tanto tanto preocupan al Gobierno de los Países Bajos.

De que hay que ir a la independencia de las colonias, están convencidos todos. A lo menos lo dicen, y ya veremos cómo. Los programas políti-

cos son para los electores, y no obligan a nada. Vamos a la independencia por el camino del orden y la tranquilidad; por la íntima comprensión entre opresores y oprimidos, y por la propensión, tan corriente, en los altos países de nivel material—señoritas socialistas, anarquistas éticas, antroposofistas, teosofistas, estrellistas, con Rolls Royce y cheffeur propio—a creer en la mágica virtud de las palabras.

Se va a la independencia por el aumento de la flota—en defensa de la independencia de la colonia, claro está—, del Ejército, de la Policía, del Cuerpo de Seguridad; por la disminución en los gastos de enseñanza—hay el 90 por 100 de analfabetos—; por el presupuesto de la Agricultura indígena—unos cuatro millones de florines, cuando las Empresas particulares y el Gobierno pagan 335 millones en jornales (cerca de 960 millones al cambio actual)—. Se va a la independencia por las atenciones sanitarias, que de 22 millones en 1921, bajaron a la mitad, para aumentar después algo; por los impuestos, que suman un 10 por 100 en total sobre el ingreso anual de los indígenas, a partir de los 225 florines—mientras el europeo no paga impuesto hasta pasando los 8.000 a 9.000 florines de ingresos, y cuando los beneficios del capital occidental, y en primer lugar el holandés, se han aumentado los últimos decenios en catorce veces. Los cálculos varían entre los florines 700.000.000 y los 1.000.000.000 de florines, unos tres mil millones de pesetas por año.

Los nacionalistas de Indonesia, que no quieren dejarse llevar por el camino de la felicidad que la madre patria les traza, se resisten en infinidad de formas, legales e ilegales, dando

muestras de esta agilidad de espíritu, que es la pesadilla de los holandeses —como actualmente se ve a diario en el famoso proceso contra los «leaders» del *Partai Nasional Indonesia*, y donde los interrogatorios del fiscal hacen más bien la impresión de un consejo de Inquisición que de un Tribunal.

Desde hace años, dispone la autoridad colonial holandesa de medios para atajar el «mal nacionalista». El Código castiga con cinco años de prisión al que «fomenta huelgas, incluso en Empresas particulares»; con seis años, al que «directa o indirectamente elogia la perturbación del orden público»; y amenaza con siete años al que «manifiesta su enemistad, odio o menosprecio al Gobierno». Por lo visto se espera gratitud y amor por parte de los oprimidos.

En este ambiente estallaron al fin del año 1926 los movimientos de insurrección, que en la Java occidental dieron lugar a violentas represiones de la autoridad, con varios casos de crueldad que indignaron a cierta parte de la opinión pública de Holanda, que no se encontraba tan «interesada» en la colonia como para estar «prudentemente obligada al silencio». Sin embargo, no pasó nada, y cuando el jefe de los «terroristas» —nombre que el Gobierno daba a los insurrectos— cayó en lucha desigual con las tropas coloniales, el entonces gobernador general de las Indias, recibiendo la grata noticia durante un banquete, brindó por la nueva victoria del glorioso, etcétera.

No pararon aquí los «incidentes», que al fin y al cabo eran de esperar, y propios de la opresión colonial. El Gobierno era de opinión que varias regiones, donde la población no se había levantado, pudieran muy bien imitar el ejemplo, y con el fin de evitar esta dificultad, y sin forma alguna de proceso, decretó la deportación en masa de 1.800 personas a la isla lejana de Nueva Guinea (la más inculta y casi inexplorada parte del archipiélago), a un terreno abierto expuesto, en los bosques vírgenes de las márgenes del río Digol, detrás de unas temibles costas de malaria, de que los salvajes aborígenes, los Papúas, huyen como de la peste.

¿Habían hecho algo estos hombres para merecer tan cruel destino? No, nada. Si hubieran hecho algo, su castigo tal vez hubiera sido menos duro. La deportación no era castigo: era «nada menos» que la prevención del Gobierno para evitar el contagio de sentimientos de libertad.

Ahora que para evitar el contagio, el Gobierno no vacilaba en exponer a los infelices miembros de esta nueva colonia a los contagios materiales de las enfermedades que pululan en el Digol, y que no tardaron en exigir

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Pida catálogos y boletín trimestral.

sus víctimas. Sin embargo, se veía que al Gobierno le obsesionaba más el «salvamento espiritual» de sus forzados colonistas, cuando—guiado por el criterio de la vigilancia del campamento—ordenó la deportación de 14 elementos, «comunistas empedernidos», a las marismas mismas. Estos, entre los cuales había algunos de gran cultura, se quedaron allí, expuestos a los olores pestilentes y al hambre, puesto que el abastecimiento de víveres era muy defectuoso, y además objeto de la burla de una parte de la Prensa—lo que a ellos no alcanzaba, pero que da idea del ambiente—, que les recomendaba realizar ahora sus ideas, en este sitio «donde nadie les estorbaba».

Murieron algunos—y en la metró-

poli... protestar; se formaron Comités, se exigían responsabilidades—, pero no pasó nada. La Prensa burguesa de izquierda mandó algunos corresponsales, que confirmaron la miserable situación de los deportados, y los más eminentes juristas tuvieron que reconocer que el atropello era formidable, inaudito en la historia, y nadie se atrevió a combatir sus opiniones. Pero... para que el Gobierno de las Indias orientales no quedara de todo indefenso ante la opinión pública, se concluyó que no había más remedio que obrar así, quedando la Holanda con la razón que fué, y es, y será siempre la única de su expansión colonial: la razón utilitaria, la utilidad de la India para Holanda, norma máxima, donde no llega el Derecho.

En 1930 se nombra a una Comisión para informar en el extranjero acerca de los fines e intenciones de los campamentos de deportación...

LEA USTED

“NUEVA ESPAÑA”

Victimario de la Dictadura

El día 17 de enero de 1925 se presentó la Guardia civil en el domicilio del comerciante y juez municipal de Casarabonela (Málaga), D. Juan Florido González, haciendo un minucioso registro y deteniendo a dicho señor. Llevado a la Casa-Cuartel, le interrogó el jefe de línea, quien sin más ni más le condujo a la cárcel, donde el gobernador civil de la provincia lo tuvo veintiséis días. ¿Causas? ¿Motivos? El haber firmado el señor Florido una lista de suscripción para regalar a Carlos Esplá un bastón, ya que el suyo lo había roto, como se recordará, en las sufridas costillas del «Caballero Audaz». Como de costumbre, no intervino para nada la autoridad judicial.



Juan Florido González

Casarabonela (Málaga)

Con D. Juan Florido González sufrieron el encarcelamiento D. Joaquín López Carrillo, ex concejal, y D. Jacinto Doblas, concejal en activo, acusados también de haber firmado el documento, y sobre todo de ser... republicanos y enemigos de la Dictadura. Después de tan largo y abusivo encierro, se les usó en relativa libertad, ya que el sargento de la Guardia civil del puesto de Pizarra, les obligaba a presentarse en el cuartel casi a diario. A última hora se nombró un juez especial, el Sr. Vallespín, quien, comprendiendo sin duda lo absurdo y grotesco de las acusaciones, suspendió el sumario. Entre otras cosas no menos estúpidas, se le imputaba al Sr. Florido el delito de mantener correspondencia con Lerroux, y el de conservar en su biblioteca libros de Náckens y de Blasco Ibáñez. Como se vé, los esbirros de la Dictadura seguían el ejemplo de su amo Primo de Rivera, uniendo a la arbitrariedad y el atropello, la ridiculez y la ignorancia.

Elogio de la indiscreción

por ANTONIO NÚÑEZ DE HERRERA

1. Hay que desconfiar siempre de los hombres que llevan demasiado las manos a la cabeza. Porque no suelen tener nada en la cabeza ni en las manos: ni la acción que se engarabita en los dedos ni el pensamiento que vuela entre los cirrus de la masa encefálica.

El hombre que se lleva demasiado las manos a la cabeza parece defender así del escándalo sus sentimientos. Y efectivamente se guarda del excesivo sentir o del exagerado pensar. En favor, honra y provecho de estos hombres nació la discreción humana. Para que se mantuvieran las manos en su sitio, sobre la panza feliz y bienamada, o en la guarda de los bolsillos. Y para que la cabeza se sostuviera en su lugar descanso, sin ponerse a inquirir o dar vueltas sobre el trámite de los hombros.

La discreción nació, pues, para reposo y comodidad de ambas prendas personales: para que la gente no se viniera a las manos—ni las manos a la gente—y para que no se liaran a discusiones y cabezadas.

Pero cabe imaginar que dichas prendas devengan a la atrofia por falta de uso y entrenamiento.

Entre lo discreto y laxo y pasmado del medio, el hombre caminaría sensiblemente hacia el mono. El hombre desenfundaría al fin su coxis, rabo de mico provisorio. Y volvería a la animalidad por pérdida de facultades y descenso de forma—de forma en sentido aristotélico y en el deportivo—. Marcharía, pues, en descenso por pura atonía y eufemismo. Hasta que iniciado otra vez el largo ciclo, volviera efectivamente al estado salvaje y comenzara otra vez a ser espontáneo, es decir, indiscreto, comenzando luego la regeneración y la huída del vasallaje del instinto.

Por dos maneras puede ser el hombre esclavo: de sí mismo y de los demás. La educación se junta por extrema con el tropismo que distingue y apunta cierta discreción automática en los animales.

La discreción que parece ser un supremo don de la cultura, no es sino un estado polar de la misma, puesto que es la anulación del individuo sumergido en una dictadura ecuménica de conveniencias y reparos viejos: suma de pesos muertos de tradicionalismos cadavéricos, de conminaciones retroactivas, de hipocresías seculares, de la ley más incoercible, la de la hipócrita costumbre legalizada por la reiteración y la cortesía.

Contra todo esto no hay sino obrar sin educación, sin pedir permiso, ni perdón, indiscretamente.

2. Los períodos de máxima decadencia fueron siempre los de mayor discreción. En ejemplario de esto pudiera referirme a hechos lejanos en la historia; mas no quisiera hacerlo meditando en la historia que se compuso de tal manera que pasan por excelencias Felipe II y el Cardenal Cisneros. No quisiera, digo, hacerlo pensando que así se escribe la historia: discretamente.

La discreción es cierto academicismo de la conducta; un estado neoclásico del carácter. Por serlo, fueron decadentes y absurdos todos los períodos comedidos, elegantes, discretos y atildados como nuestro siglo XVIII y sus alrededores. Así Grecia y Roma en su final. Y Francia muerta en lo versallesco, muerta de una embolia de galantería y resucitada por la vitalidad de esa indiscreción fundamental que dijo su primer exabrupto en la Bastilla.

Los períodos de las dictaduras—la primera y la última—han sido ante todo uceraciones de una discreción de doble fondo. Epocas de aguantar discretamente y de abusar a discreción.

3. Ciertamente hay que volver, para vivir un poco, al imperio de la barbaridad. Por el revulsivo y la desinfección que supone.

Hace falta cierto número de baches, traqueteos y tropiezos para que se sienta uno sobre la senda vital como pasajero de este importante viaje. Porque la muerte, en efecto, no es más que el reinado de la normalidad.

Y hay que evitar que nos normalicen, porque lo que quieren es matarnos por anestesia y letargo, por galvanización indefinida.

Hay que comenzar a ser un poco bárbaros para dejar de ser necios: flúidos, amoldables a cualquiera vasija predispuesta donde viertan y encierran nuestra civilidad. Evitar en lo posible esa normalidad atónita que es puro pasmo, puro soporte de pasmados en España.

4. Por el tamiz que reguló la discreción alquilándosela a los señores censores, la Prensa perdió desde hace tanto y cuanto su eficacia. Lo que salía de la decantación oficial apenas era un sincronismo de lugares comunes. Hasta en el sentido más sucio de esta frase.

Pocos espíritus lograron públicamente ser indiscretos ante una discreción de molde. Y triunfaba, en cambio, quien podía serlo en prosa pintoresca desde las notas oficiosas, pragmáticas de la autoridad en toda materia.

La pasividad de los españoles ante el actual régimen político es un estu-

pendo caso de galantería, como lo es la docilidad de las masas que pueden y no quieren por pura discreción. Su mesura ha quedado bien demostrada en recientes sucesos.

El régimen actual no será consustancial con el país, como decía un obispo, pero desde luego sí lo es con la cortesía española.

España es un país que se ha quedado atrás y que no ha podido hacer aún nada de provecho por padecer de cierto reuma articular que se llama discreción pública, educada prudencia.

5. La indiscreción, porque nos desnuda, nos muestra en nuestra contextura original.

Originalidad quiere decir tanto como indiscreción, como personalidad.

Nuestra discreción es muy parecida a la que cuenta el dicho del elefante y la hormiga. Efectivamente se está verificando con nosotros desde hace mucho tiempo un estupendo caso de penetración. Nos están fastidiando—la palabra es otra—por puro discretos, corteses y mesurados y respetuosos que somos.

6. La indiscreción más práctica debe comenzar por las faltas fundamentales de respeto.

Recolectar y retraer del respeto a los demás la preponderancia del propio. Es decir, respetarse: la reflexión del respeto.

Respetarse es un verbo reflexivo. La personalidad son muchos verbos reflexivos, no una serie de obediencias mostrencas sobre discretos lubricantes.

Pero controlar ante todo la eficacia del escándalo, que así se suelen llamar las justicias de bulto atendiendo al tamaño de los ajusticiados. Que las gentes se lleven las manos a la cabeza. Porque en esa conjunción está definitivamente el mejor laboratorio: en la confluencia del pensamiento y la acción, de la inteligencia y el trabajo, de la cabeza, en fin, y las manos. Esa fué la mezcla explosiva que deflagó en la aurora rusa.

Y organizar para los tiempos nuevos una voluntad transparente, una política en pelota, una conducta, como el cristal y la desnudez, indiscreta.

7. Imaginad qué útil ensayo éste: El problema sensual como resultado de la discreción.

Y analizad ahora desde la discreción de la primera hoja de parra hasta el discreto de la casa de citas, complicada hoja de parra con tarifas y bidet.

8. Y escribir y hablar y obrar claro. Que dé su fruto finalmente la floración de la ironía.

Una esperanza alienta para esta urgente conclusión: que el hombre cuando aún no es todo lo fuerte que pudiera para ser indiscreto, comienza, menos mal, a ser irónico.

La Conferencia internacional de escritores revolucionarios

por LOTTE SCHWARZ

Lotte Schwarz ha tenido la amabilidad de ofrecer a NUEVA ESPAÑA este expresivo reportaje sobre la «II Conferencia Internacional de la Unión de Escritores revolucionarios», celebrada en el mes de noviembre en Charkow, en la cual estuvieron representados casi todos los países del mundo. Un compañero nuestro, que estaba invitado e iba ir desde Berlín, se vió imposibilitado, a última hora, por enfermedad. La Unión de escritores proletarios o revolucionarios representa a los escritores marxistas de todo el mundo en contraposición al Pen-Club, amable sociedad de los escritores burgueses. Es de esperar que en el III Congreso de la «Unión de Escritores revolucionarios» se registre al lado de la voz proletaria de todo el mundo la voz de España.

El 15 de noviembre terminó la Conferencia Internacional de Escritores revolucionarios en Charkow. La importancia de esta Conferencia resalta con este dato: representantes de 22 Estados, hombres que en cerca de 20 idiomas hablan a su amplia masa de lectores de una misma tarea y de un mismo camino común, intentaron formular claramente la base y el fin comunes.

No sirvió sólo para mostrar la amplitud y decisión de un movimiento de cuya existencia no tenía la menor noticia el mundo—y especialmente el mundo literario—, ni tampoco para hacer más evidente en sus participantes la conciencia de su unión con los pueblos, próximos o lejanos, sino también para resolver cuestiones muy concretas de métodos de trabajo, de organización, etc.

Hace tres años, en Moscú, tomaron parte en el Primer Congreso de Escritores proletarios unos 30 escritores, más o menos casualmente presentes en la capital soviética. Uno de los más extremistas, el que habló las palabras más terribles fué Panait Istrati. Todo el mundo sabe el camino que siguió después este «ultraizquierdista».

La cuestión es la siguiente: el trabajo de la oficina internacional de literatura proletaria hay que organizar-

lo en tal forma que nuevos casos Ishates sean imposibles, sometiendo las intenciones de cada uno a la prueba de su autenticidad. No se trata sólo de la creencia—la sugestiva atmósfera creada por el impetuoso empuje hacia adelante de los Soviets es muy propicia a que artistas impulsivos se dejen seducir—; de lo que se trata es de fijar aquellos criterios objetivos que hacen de un escritor un escritor revolucionario y de un revolucionario un escritor. En este sentido es importante el trabajo realizado por el Congreso de Charkow.

La discusión se movió entre dos extremos, representados, respectivamente, por Barbusse y una parte de los escritores norteamericanos.

Barbusse: «La literatura proletaria sólo puede existir donde el proletariado ha vencido. Por tanto, la literatura revolucionaria hoy no puede ser propiamente más que la literatura de la inteligencia revolucionaria. Un fuerte desarrollo del movimiento de los «trabajadores-escritores» sólo puede ser un efecto y no una causa del desarrollo de la literatura revolucionaria.»

Desde el otro lado: «Nada de intelectuales en el movimiento, sólo los «trabajadores-escritores» pueden determinar su desarrollo.» Entre ambas posiciones extremas un gran número de matices, dependientes de la situación de la literatura revolucionaria en cada país. Las líneas generales aprobadas corresponden a una posición media: «El movimiento de los «trabajadores-escritores» tiene la mayor importancia; estos hombres, en íntima unión con los trabajadores y sus luchas, han aportado ya, no sólo en los Soviets,

sino en el mismo Occidente, mucho y esencial para la creación de esa literatura, cuyo destino es despertar y organizar con medios artísticos. Pero no es tampoco menos importante el atraer a ese grupo a intelectuales de la izquierda que, en dolorosas luchas de conciencia, con el claro sentimiento de su abandono y de su impotencia, están a la busca de aquella comunidad que satisfaga sus exigencias de hombres y de luchadores.

Sobre el problema de la forma y el fondo habló Averbach, uno de los mejor dotados críticos jóvenes de la Unión Soviética. Hizo un análisis de la literatura burguesa occidental, aclarando el preponderante papel de la mística, antroposofía, etc., de la problemática sensual y de un estrecho psicologismo en la moderna literatura. Como criterio para determinar el concepto de «literatura proletaria» formuló: «No quien escribe ni para quién escribe es lo decisivo. En el contenido ideal está la cuestión (contenido ideal no idéntico con asunto). Lo que importa es la posición espiritual de la que arranca esa literatura y a quién sirve. No separamos el fondo de la forma, pero sabemos que aquél es lo principal.

De momento estamos en un período de lucha de los nuevos contenidos con la forma antigua. Pero la busca de nuevos contenidos conduce hacia nuevas formas. Como punto de apoyo exterior tenemos nada más que un principio: nuestra forma tiene que ser comprendida por millones (Lenin). No podemos resolver aisladas cuestiones de los géneros literarios, hay que partir del problema general del método.» Sobre el problema de las formas menores, que fué muy discutido, mantuvo la opinión de que el cultivo de las formas menores en el Occidente no era más que la expresión de la impotencia para abarcar las grandes, mientras que en Rusia son la expre-



El Tribunal que juzgó a los «Técnicos», que amparados en la confianza que en ellos había depositado el Comunismo, lo traicionaron. De izquierda a derecha: Iwanow (técnico ingeniero), Wischinski (intelectual), Sarawski (de la carrera judicial) y Lwow (obrero).

sión del deseo de ser eficaces lo más pronto y extensamente posible. En todo caso se justificó plenamente la existencia de los géneros menores.

Mientras se celebraba el Congreso, tenía lugar la conmemoración del décimotercero aniversario de la Revolución de Octubre. Correligionarios de Europa y América, de China, Japón, Arabia, participaron en un ambiente de franca camaradería en los trabajos, en las fiestas, y en el mutuo enseñar y aprender, convertidos en un todo armónico—esto dió un sello especial a la conferencia—. Se percibía intensamente el espíritu que a todos estos hombres, huéspedes y quienes los acogían, unía: los escritores revolucionarios del mundo entero no son sólo enemigos de la guerra, son también activos protectores de la Unión Soviética, del mundo socialista que nace.

No se ultimó en el Congreso el caso Barbusse, que con su *Revista Monde* ha creado un órgano para todas las izquierdas y pseudo-izquierdas. Sus representantes no podían darse por aludidos, y una discusión escrita con él no hubiera conducido, por todas las apariencias, a ningún resultado definitivo. De todas maneras, fué rechazado unánimemente el camino por él seguido, aunque no se perdió la esperanza de seguir trabajando con él.

El único representante de los escritores de la izquierda independientes fué Ernesto Gläser. El que fuera único, el que gentes como Oskar Mane

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
Apartado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual
"LEAMOS"
a las personas que la soliciten

Graf, Dos Passos, Bernhard Brentano, Bert Buch, etc., no hubieran sido invitadas, pareció una lamentable falta de organización. Gläser sólo podía hablar en nombre propio, pero lo que él dijo valía para muchos.

Ha dado los primeros pasos de aislado y egocéntrico intelectual a colaborador en la renovación del mundo: «Hace todavía un año que yo decía: ¡Apartaos de la Unión Soviética!, hoy digo: ¡Apoyad con todas las fuerzas la Unión Soviética!»

«Lo que nos separa—dijo Gläser en su primera intervención en el Congreso—no es el fin ni el método para alcanzarlo, sino una discusión sobre el problema de la forma. Se ha planteado la cuestión de si la novela, como forma artística, tiene porvenir. Creo en el nacimiento de una nueva forma, cuyas primeras señales de vida se pueden ya encontrar en los trabajos de Dos Passos. El camino conduce fuera del psicologismo. Todas las formas literarias se van a desbordar mutuamente.»

Visión plana y visión poliédrica

por JUAN FRANCISCO CACERES

Las líneas son consideraciones que en mí emergen de la reposada lectura de algunos libros, publicados por gente moza. Distinguimos en ellos dos elementos: su tino—su estilo, que diríamos si se tratase de pura literatura—y su genérico sentido revolucionario.

Hasta ahora, una visión simplista, unilateral y plana del problema político ha sido la causa de que la mayoría de los libros de tal índole hayan aparecido con un denominador común de carácter combativo y demoliente, con un aire de crítica inmediata. Mas al lado de éstos aparecen hoy, en un generoso y ambicioso impulso integral de captación de la vida entera encuadrada en el marco político, algunos otros de tono más mesurado, aunque de idéntica intención liberadora del momento actual, vergonzoso y a la par esperanzador por lo que a España se refiere. Lo que en los unos es casi acción, en los otros es induc-

ción, incitación que diríamos; los unos propenden al ademán agitador, los otros al gesto subrayador; aquéllos tienden a abrir brecha, éstos tienden a sugerir, a penetrar blandamente para formar la auténtica conciencia ciudadana de una nueva forma social de vida. Si aquéllos tienden a encrespar ánimo; armando brazos, estos otros tienden a modelar conciencias, que se opongan, por lo que se refiere a lo español, al obtuso y contumaz empeño de nuestras desgraciadas clases conservadoras, usando esta frase en su más despectivo sentido de conservadoras de la actual podredumbre rectora de la vida nacional. Aquéllos muestran el chafarrinón grotesco de un Régimen de vida política y social, ya periclitado y extinto en la mente de todos; éstos, matizando, sugieren la falacia y falsedad de los valores—a valores—, sobre lo que lo actual hace aún equilibrios. Los unos son la destrucción y a la par la construcción

esquemática; los otros son la exacta crítica y el estudio del fenómeno político en su complejidad poliédrica.

La visión plana y simplista del complejo político en la práctica política desemboca en el trastrueque revolucionario del plano formal del Estado por otro y tiene su realización, mejor su condensación, en el programa político; es decir, crea esa visión simplista y unitaria, un nuevo sentido estático, conservador, dando a este vocablo un valor puro y remozado. El sentido plurilateral, profundo e integral del complejo político, llevará en la práctica política a los que le posean a obrar como animadores de los enroñados en un programa político, ellos vencieron por el momento al trastrueque, a la subvención de un plano por otro; mas una vez esto conseguido, propugnaron de una manera revulsiva por alcanzar nuevas metas y lograr nuevos objetivos; es decir, gentes dotadas de auténtico sentido revolucionario rebasaron toda concreción política y quedaron insatisfechas ante toda organización estatal, por avanzada que ésta sea; serán, pues, gentes, en el fondo, de condición dinámica y anárquica.

La visión plana del complejo político da lugar al revolucionario de ocasión, tómese esto en su verdadera significación, y al hecho revolucionario: el sentido plurilateral da lugar al revolucionario esencial, permanentemente del criticador de las formas estatales. Acción en unos, ausencia de ella en otros. De ninguna manera; lo que ocurre es que el revolucionario de ocasión detendrá su ímpetu al alcanzar la meta, y el revolucionario esencial la rebasará gravitatoriamente, fiel a su naturaleza, tenaz siempre espíritu y músculos prestos a empujar horizontes cerrados. A esta clase de pensamiento político, poliédrico, dinámico, complejo, pertenece el formulado en el libro de María Zambrano: «Horizonte del liberalismo». Pensamiento auténticamente revolucionario con todas sus vicisitudes y defectos.

En fin, la visión simplista de la política tenderá a detener la vida, a enquistarla; la compleja, al revés, vivificar las normas, aun antes de nacer, y una vez conseguidas propende violentamente a su derogación.

Así también, las últimas palabras de una respuesta a una encuesta lanzada por un semanario segoviano sobre el tema: «¿Qué opina usted de la hora política actual?» Dicen así: «Y ojalá que a nuestros hijos les parezcan viejas estas cosas.» Y antes se había dicho: «Y aún más, nuestro libro de aventuras no es la lucha del blanco contra el piel roja, ni la caza del león por el inglés. Es el despertar del pueblo ruso.» Iba firmada en su mayoría por universitarios castellanos.

Góngora y el Clasicismo

por PABLO ROJAS PAZ

Para hablar de este poeta, que muchos quisieran ver desterrado de la ceñida región de la literatura, es necesario contemplar la perspectiva que la lírica española del siglo de oro ofrece a quien estudia sin ningún afán de clasificación. Dos elementos habían intervenido, muy eficazmente en el florecimiento de esta época, que remataría en la oda esencialmente melodiosa de Fray Luis de León. Estos elementos eran la tendencia italiana y la cultura clásica. En definitiva, el italianismo era solamente un problema concomitante, siendo la única cuestión principal la influencia clásica. Los italianos luchaban por imponer sus diversos idiomas. En tal rivalidad, triunfaría el toscano, como entre los españoles el castellano. ¿Qué harían, entonces, los poetas españoles, que nunca habían sentido otra influencia que la gallega? Estaban en condiciones de aceptar cualquier renovación que condujera a la naciente lírica por caminos poco frecuentados. El lirismo italiano, digno hijo del latino, es un afán de canto que se organiza al son de la música de las palabras. La primera consecuencia que esta lírica tendría para el idioma castellano fué la de dotar de musicalidad a las palabras, suavizándolas en su áspero son. Pero esta lírica adquirirá entre los españoles todas y cada una de las calidades que el espíritu español posee. El único poeta, el primero por decir mejor, que comprendió el italianismo como pura musicalidad verbal fué Garcilaso, para quien el idioma tuvo un acento desconocido. Por ese camino habían de seguir los demás hasta transformar el verso en una pura retórica. La imitación de los clásicos y la influencia italiana producen su fruto más alto en Fray Luis de León. Después de él fuera imposible abusar del metro itálico.

La reacción vino del lado opuesto, como es natural. Si antes el verso trataba de parecerse a una sostenida melodía, dada por la acentuación con un razonable manejo de ideas y sentimientos, ahora podía ser una inesperada disonancia, tanto lógica como eufónica. Para los que imitaban a los clásicos había algo de capital importancia que muy pocas veces se perdía de vista: era la idea central, a que la construcción de todo poema debe estar sujeta. A pesar de ser la forma poética una combinación de vocablos, nunca se convirtió en un juego puramente verbal. Tenía una importancia indiscutida la noción o concepto que el poeta había querido expresar. Las odas de esta época son así largas tira-

das de reflexiones sentenciosas, que tienen tono poético por el verso y por el ritmo en que están desarrollados. En general, para llegar a la poesía, el individuo, por más cultura que posea, quiere ideas y espera que el canto lírico nazca de la presencia de estas ideas. De esta manera se concibe, lógicamente, que el poeta necesita motivos para cantar, y más aceptable es aún que guste de una clase de motivos. Ellos dirán la calidad espiritual del cantor: sentimental, heroica, amorosa. Estamos, en este caso, frente a una poesía puramente intelectual, en que se tiene muy en cuenta las ideas que expresa el poeta, siendo todo esto la razón de ser de esta suerte de poemas.

A esta poesía, mezcla de sentimientos e ideas, le sucede una poesía puramente artística, cuyos elementos esenciales pasaremos a analizar. Consideremos, primero, la introducción de un sentido plástico en la poesía, acusado casi siempre por una profusión de metáforas que en la obra de Góngora parece ser la esencial calidad. En segundo término, se advierte en esta clase de poemas que la idea ha perdido importancia. Pero esto es solamente consecuencia de lo primero; puesto que siendo el afán del poeta puramente plástico, no le interesa a este poeta sobremanera la noción de las cosas. Estas son condiciones que sobresalen en «Soledades» y «Polifemo», y que le han dado renombre a través de los siglos, colocándolo en la situación de ser considerado como una de las personalidades más ricas de todas las literaturas.

Cada una de las ramas del arte, mientras evoluciona en el tiempo, cambia varias veces de sentido. Y estas transformaciones están regidas, más que todo, por los progresos técnicos que, ampliando el campo de acción, permiten nuevas posibilidades. La música, en tiempos de Bach, que, después de todo es la época de su gran fuerza, en esta época, declinamos, la música era el arte de combinar silencios y sonidos. Enriquecida la técnica y ampliado el campo de expresión, se llega hasta Beethoven, para quien la música es el arte de pensar con sonidos, hasta que en nuestros días nace este nuevo sentido, para transformarse en una especie de exaltación plástica del ritmo sonoro. Porque este es el afán del arte: volverse plástica. Y un período de gran actividad está acusado por varios síntomas. A Góngora no le interesa el paisaje artificioso de un Garcilaso, ni el dulce razonar de Fray Luis, ni el tono

heroico a lo Herrera; todo esto parece trivial a su lado.

Cada artista original nace con su estética, y Góngora la tuvo. Ya hemos dividido antes de ahora a la gente de arte en imitadores y originales. El siglo de oro, a pesar de la fuerte personalidad de quienes le dieron brillo, fué, en lo que a la lírica se refiere, una imitación feliz de los italianos. Era necesaria, entonces, la llegada de un espíritu sediento de originalidad, que anarquizara toda la lógica preceptista en formación; madre prolífera esta preceptiva de poetas carentes de personalidad y que insistían en el endecasílabo amoroso. Aun Góngora mismo, con toda su originalidad, era resultado de un movimiento general en Europa: marinismo en Italia, eufuismo en Inglaterra. Las literaturas del centro de Europa están sujetas a una escala de influencias recíprocas. En Francia, en el siglo de Luis XVI, eran numerosos los motivos y temas españoles que los poetas franceses utilizaban para sus obras. Y casualmente, si hubo una época en que todas estas literaturas mantenían estrechas relaciones, fué durante el siglo XVII. Góngora se convierte en una personalidad universal; pues ninguna literatura tiene algo que se le asemeje, y, si lo hay, no reviste los caracteres tan particulares de éste.

El arte vive de revoluciones. El original comienza efectuando un movimiento anárquico, que origina protestas de quienes creen que el arte se aprende en los Museos, Bibliotecas y Conservatorios, y que más allá de ellos nada puede hacerse que valga la pena. La doble actitud de revolucionario y creador que asume todo verdadero artista hace gravitar la actividad de toda su época alrededor de su obra. Es así que llegará la turba de imitadores afanosos de transformar lo que fué revolución en tradición artística. Pero hay espíritus que no soportan este proceso, pues no se prestan a la imitación. En arte no puede haber tradición, puesto que ello está en pugna con los principios fundamentales de la originalidad. Puede hablarse de una tradición moral, científica o religiosa, porque la ciencia, por ejemplo, va enriqueciéndose por el trabajo paciente y continuado de varias generaciones. Una generación rectifica a la anterior, pero la respeta. Es como si se hubieran puesto en un trabajo de siglos con un piadoso amor a los ya idos. Pero en arte existe una cruel rivalidad de generación a generación. No hay tradición que resista a la actividad sin tregua de todo lo artístico. Los artistas pueden clasificarse en precursores, creadores e imitadores. Al decir precursores, parece que aceptáramos una tradición; pero no es así.

Rafael

Y a propósito de Barreto, ¿cuándo le arrojamos a puntapiés de Madrid, de España, de Europa, del mundo?

En Francia se ha creado el premio al escritor más grotesco, y consistirá

España ha sacrificado su existencia entera a los dinásticos, mientras que ellos han vuelto sistemáticamente la espalda al porvenir, realizando en cuatro siglos—desde Fernando V de Aragón—una política que no ha tenido una hora de nacional, que ha sido siempre política extranjera y dinástica.—JOAQUIN COSTA.

en un diploma extendido en piel de asno.

Si fuese aquí, el premio sería para Alcalá Galiano, el colaborador del A B C.

Pero habría que quitar la piel a Rafael Sánchez Mazas.

«España es la cuna del Parlamento. En tiempo de los visigodos, los Concilios de Toledo no eran tales Concilios, sino Cortes en que predominaba el brazo eclesiástico, pero en las que tenía intervención el elemento civil y el seglar; y en ello no sólo se trataba del dogma y de la disciplina de la Iglesia, sino también de los asuntos temporales que afectan a la buena gobernación del reino.

Cantable de «La Gran Vía»:

—Soy el turista primero.

—Y yo el segundo.

—Y yo el tercero.

Menos mal que los profesores, escritores y periodistas enchufados en el P. N. del Turismo ya no se atreven a escribir artículos liberales.

Saben lo mucho que deben a la Dictadura, y tienen por lo menos el buen gusto de callar.

En las informaciones que los periódicos han dado sobre la Conferencia de la Tabla Redonda, en Londres, faltó esta noticia:

«Un auténtico representante del pueblo indio, que se había deslizado en el salón, fué, afortunadamente, descubierto a tiempo, y reducido a la obediencia por la Policía imperial.»

Una noticia.

Al Papa de Roma le han regalado los cristianos un teléfono de oro que costó cuatro millones y medio de pesetas.

Otra noticia.

En los alrededores de Santiago de Compostela, ha muerto de frío un obrero de sesenta años, que trabajaba en las obras del ferrocarril Zamora-Coruña. El obrero, que carecía de domicilio, dormía bajo un alpendre.

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas,

Ayuntamiento de Madrid

Es más difícil sacar a un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre.

En una constitución política no debe prescribirse una profesión reli-

Invitamos a los pueblos a que nos formulen sus quejas, para comentarlas en justicia. Sólo la voluntad de defensa puede virilizar los pueblos, sólo la exposición implacable de sus vergüenzas puede dignificarlos.

giosa; porque, según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, éstas son las garantías de los derechos políticos y civiles, y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, es de naturaleza indefinible en el orden social y pertenece a la moral intelectual.

He conservado intacta la ley de las leyes: la igualdad. Sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios.

Si un hombre fuera necesario para sostener el Estado, ese Estado no debería existir, y al fin no existiría.

La igualdad legal es indispensable donde hay igualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la Naturaleza.

En moral, como en política, hay reglas que no se deben traspasar, pues su violación suele costar caro,



CESAR M. ARCONADA.—*La Turbina*.
(Novela).—Ediciones «Ulises».

Los escritores nuevos permanecían encerrados en la preocupación del estilo como en una celda de oro. De oro, porque la «Vida de Greta Garbo», de Arconada, como anteriormente «Urbe» y «En torno a Debussy», fueron buenos y bellos libros, escritos—compuestos—por una inteligencia actual al servicio de una sensibilidad cultivada y consciente. La conciencia de las realidades literarias la ha poseído siempre el autor de «La Turbina» contra los que creen de buena fe que pertenecía al grupo de los deslumbrados por el artificio del momento. Arconada, sí esgrimió la cualidad del artificio, pero el artificio como producto del movimiento cerebral que, por fortuna, desinfectó nuestra literatura de todos los miasmas anteriores; el artificio que se posa en la pluma de los escritores cuando van a serlo de verdad y que equivale a una primera medida...

No tengo pruebas que autoricen a suponer a Arconada más que un proletario, con espíritu auténtico de escritor proletario. Sus poemas no cantaron jamás las glorias burguesas de los jardines de invierno o la calefacción, sino la gran ciudad con sus masas de obreros y empleados, sus autobuses, sus tranvías... No nos ha hablado nunca del cabaret elegante ni se ha dejado seducir por la bisutería barata literaria.

Arconada, dispuesto a afrontar dificultades más considerables que las que hasta ahora ha salvado, ha escrito «La Turbina»; o sea, la novela del pueblo, al que llega, con su temido y extraordinario aparato, la luz eléctrica.

Arconada se ha identificado con el sentir popular en ese momento de invasión insólita que representa para el pueblo tranquilo la llegada de flúido y nos lo refiere briosamente en todas las páginas, sostenidas por la acción; una historia de amor en la que son protagonistas la mujer del pueblo y el hombre—el diablo—de la ciudad, soldado de ese ejército invasor de alambres y máquinas... Arconada nos describe un estado social: el momento en que la ciudad entra en el campo en forma de turbina. Su prosa es la de siempre, culta y cuidada, ajustada esta vez a la causa de la humanidad, porque «La Turbina» es una novela humana. Con tipos que están bien dibujados y destinados.

«La Turbina» es, además, una novela paratodos, como tienen que ser las no-

velas. Si es que esos «todos» quieren. Que en convencerles estriba la labor del novelista.

A. DE OBREGON

LEA USTED «NUEVA ESPAÑA»

TARASOV RODINOV.—*Soborno*.—
Editorial España.

Novela de la reconstrucción rusa. De las horas difíciles durante la guerra contrarrevolucionaria. Epoca de lucha contra todo, contra la pasividad hostil del ambiente, contra los blancos, contra las dificultades materiales y, sobre todo, contra la costumbre. Dificultad suprema en crear una vida totalmente nueva, sin moldes anteriores. Miles de minucias en las que la atención, atraída por problemas más urgentes, no puede detenerse, y que inconscientemente, por una comodidad física, no se rechazan. Hasta que acaban, oscura y silenciosamente por rodear una conducta y dar a una vida un aspecto imborrable de falsedad.

El jefe de la Checa en una ciudad de gran importancia se deja engañar por una antigua bailarina. Falta de pruebas, la acusación que sobre ella pesa Zudin la pone en libertad y más tarde la da un empleo en su oficina. Pura y simplemente porque necesita una secretaria y Elena desempeña satisfactoriamente el puesto. Nada de excepción en su favor ni sentimiento más individual. Por lo menos advertido, si ha habido alguna atracción hacia la belleza—el lujo—de la mujer ha sido a espaldas de la consciencia.

Agobiado de trabajo, Zudin pasa por alto algunas irregularidades—hay tantas en ese tiempo de fusión!—que a los ojos ajenos le hacen sospechoso. Por último, Elena le complica en un chantage y, denunciado, se le procesa.

Los pasajes anteriores y durante el juicio son los mejores de la novela. El tribunal, aunque convencido de su inocencia, le condena. No hay tiempo para explicar claramente la cosa, siempre quedará un mal sabor que puede enfriar el entusiasmo tan necesario ahora. Zudin ha de ser fusilado para conservar y aumentar la disciplina del partido—razón de Estado—y además se ha hecho culpable de negligencia.

Zudin convencido acepta. Y para ocultar su muerte a su mujer y sus hijos, para—último pudor—que éstos al menos no le censuren, se despide de ellos diciéndoles que va a emprender un largo viaje por orden del partido, viaje cuyo secreto guardará haciendo correr la noticia de su fusilamiento.

El libro no está sin defectos. Excepto la figura central, Zudin, las demás son borrosas, y ésta no muy clara. Elena, la protagonista, es sumamente confusa, no hay nada definido en su psicología. Y su conducta precisa, sin vacilaciones, más parece sujeta a una voluntad exterior, ser el cumplimiento de una orden que motivada por una necesidad de lujo.

El lenguaje, o la traducción, por su parte recarga y dificulta la percepción. Toda la fiebre de trabajo, la intensidad de vida, se ve mal, como si hubiese un humo espeso, de haber fumado mucho, delante. Sobre todo en los momentos más líricos toda emoción se pulveriza contra unas palabras detonantes, desambientadas. En cambio los momentos dramáticos son de una realidad impresionante.

ALFREDO CABELLO

ESTERAS

Terciopelos mitad de precio. Lino-
leum, 6 ptas. m2. Salinas, Carran-
za, 5. Teléfono 32370.

SUCESOR DE
E. PAEZ
FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!

QUINTANA 33. MADRID

A NUESTROS AMIGOS. A NUESTROS LECTORES

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

NUEVA ESPAÑA debe llegar a ser el primer semanario de su clase en nuestro país. Los que le hacemos, no le regateamos esfuerzo alguno, alentados por el éxito creciente que nuestra revista viene alcanzando. Y llegaremos a la meta del éxito tanto más pronto cuanto más eficaz sea el concurso que cuantos leen NUEVA ESPAÑA y simpatizan con sus postulados.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

..... AÑO

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Con sólo **2 céntimos** de gasto y una pequeña molestia, pueden nuestros amigos coadyuvar prácticamente al éxito de **NUEVA ESPAÑA**.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

núm. piso se suscribe por un $\frac{A \text{ Ñ O}}{\text{SEMESTRE}}$ a la revis-

la cantidad de $\frac{DOCE}{SEIS}$ pesetas, importe de la referida suscripción.

FIRMA

**No se dará por válida ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe total.
Es muy conveniente llenar este Boletín a máquina.**

LISTA DE AMIGOS SUSCEPTIBLES DE SER SUSCRIPTORES DE "NUEVA ESPAÑA"

[illegible]

**Franquear con un sello
de 2 céntimos.**

Lista remitida por D. ALBERTO A. FERNÁNDEZ Y SUÍZIS

resistente en calle

Provincia de

A recortar y remitir a la Administración de NUEVA ESPAÑA
39, calle de Tudescos, 41 - MADRID - Apartado 555

IMP. DE SUC. F. PEÑA CRUZ. PIAZZA, 16. MADRID.

Ayuntamiento de Madrid